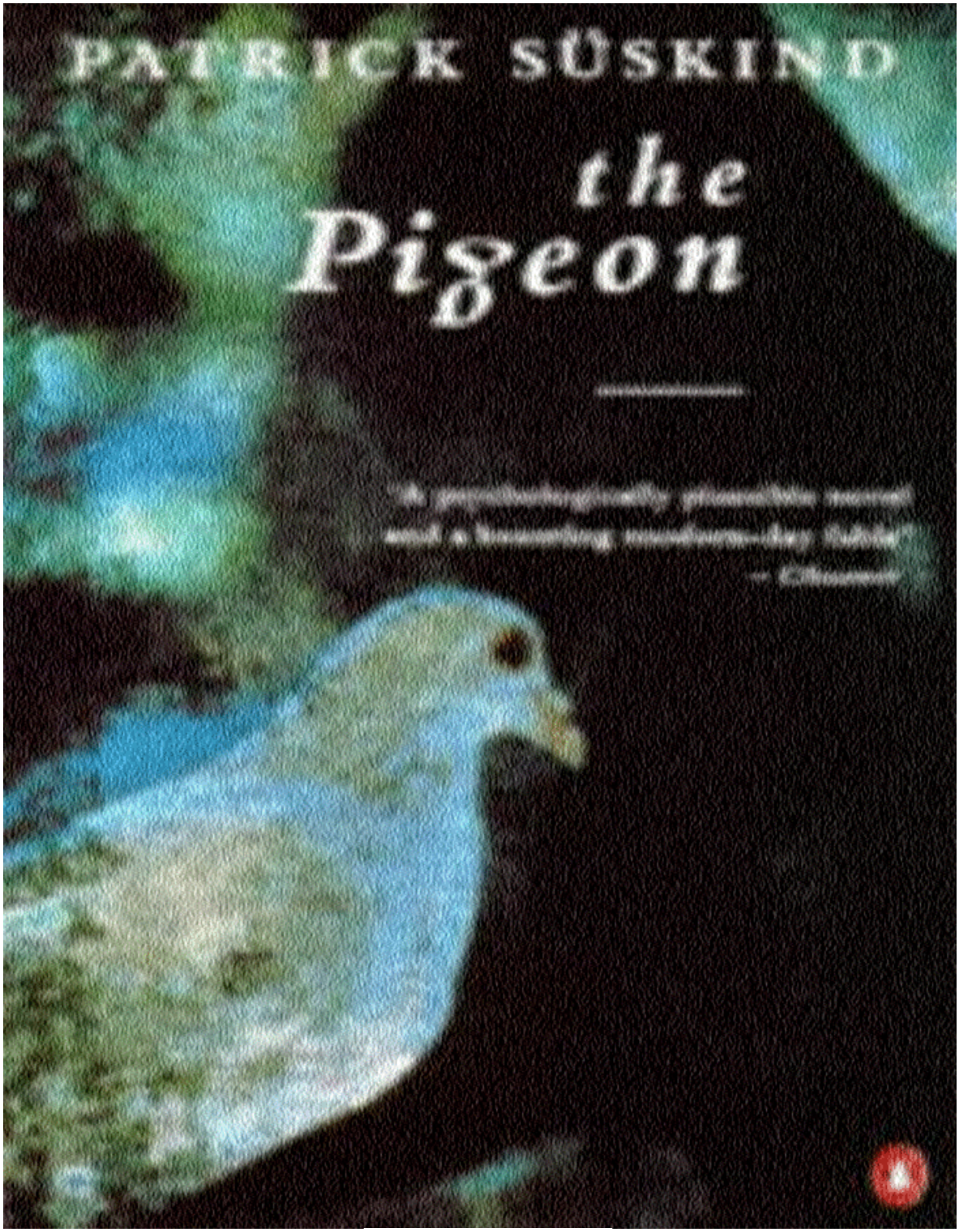
LA PALOMA
Patrick Süskind



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

* Obra enviada por usuario.

Cuando le ocurrió lo de la paloma, que -desquició su existencia de la noche a la mañana, Jonathan Noel ya pasaba de los cincuenta, tenía a sus espaldas un período de veinte años largos exentos del menor incidente y jamás hubiese contado con que pudiera sucederle todavía algo trascendental excepto, en su día, la muerte. Y le parecía muy bien, ya que los sucesos no le gustaban e incluso aborrecía los que trastornaban el equilibrio interior y sembraban la confusión en el orden exterior de la vida.

La mayoría de estos sucesos se remontaban, gracias, a Dios, a mucho tiempo atrás, al triste pasado de su infancia y juventud del que prefería no acordarse nunca y, que, si lo hacía, le causaba la mayor desazón: una tarde de verano en Charenton, en julio de 1942 cuando volvía a su casa después de pescar -aquel día había descargado una tormenta y llovido después de un calor prolongado, y por el camino hacia su casa se había quitado los zapatos y caminado con los pies descalzos por el asfalto caliente y húmedo, pisando los charcos, un placer indescriptible...- llegó, pues, a su casa después de pescar y corrió a la cocina con la esperanza de encontrar allí a su madre, guisando; pero su madre no estaba, sólo estaba el delantal, colgado del respaldo de la silla. Su madre se había ido, dijo el padre, había tenido que emprender un largo viaje. Se la han llevado, dijeron los vecinos, primero al Vélodrome d'Hiver y más tarde al campo de Drancy y de allí al Este, de donde nadie regresa. Y Jonathan no comprendió nada de este hecho, el hecho lo confundió totalmente, y unos días después también su padre desapareció, y Jonathan y su hermana pequeña se encontraron de repente en un tren que se dirigía al Sur, y fueron acompaña dos de noche por unos desconocidos a través de una pradera y arrastrados por un trozo de bosque y puestos de nuevo en un tren que se dirigía al Sur, lejos, increíblemente lejos, y un tío al que no habían visto nunca los recogió en Cavaillon y los llevó a su granja, cerca del pueblo de Puget, en el valle del Durance, y allí los mantuvo ocultos hasta el final de la guerra. Entonces los puso a. Trabajar en los campos de labranza.

A principios de los años cincuenta -Jonathan ya empezaba a encontrarle gusto a la vida. de labrador- su tío le dijo que debía presentarse para el servicio militar y Jonathan, obediente, se enganchó por tres años. Durante el primero se dedicó exclusivamente a acostumbrarse a las incomodidades de la vida en común y de cuartel. En el segundo le embarcaron con destino a Indochina, y pasó la mayor parte del tercer año en un hospital, con disentería amébica, una bala en un pie y otra en una pierna. Cuando volvió a Puget en la primavera de 1954, su hermana había desaparecido, emigrado a Canadá, según_ le dijeron. El tío exigió a,.,hora a Jonathan que se casara sin pérdida de tiempo y, precisamente, con una muchacha llamada Marie Baccouche, del pueblo vecino de Lauris, y Jonathan, que no la había visto nunca, hizo lo que le mandaban, incluso de buen grado, porque a pesar de no tener una idea exacta sobre el matrimonio, esperaba encontrar por fin en él aquel estado de tranquilidad monótona y ausencia de incidentes, que era su único deseo. Sin embargo, cuatro meses después Marie dio a luz un niño, y aquel mismo otoño se fugó con un tunecino, vendedor de frutas en Marsella.

De estos últimos sucesos concluyó Jonathan que no se podía confiar en los seres humanos y sólo era posible vivir en paz manteniéndose alejado de ellos. Y como ahora era además el hazmerreír del pueblo, lo cual no le molestaba por la burla en sí, sino por la atención general que suscitaba, tomó una decisión por

primera vez en su vida: fue al Crédit Agricole, retiró sus ahorros, hizo la maleta y se marchó a París.

Entonces tuvo dos grandes golpes de suerte. Encontró trabajo de vigilante en un Banco de la rue de Sèvres y encontró un techo, lo que se llama una chambre de bonne, en el sexto piso de una casa de la rue de la Planche. Se accedía a la habitación por un pasillo interior, la angosta escalera de la entrada de proveedores y un pasillo estrecho débilmente iluminado por una ventana. A este pasillo daban dos docenas de cuartuchos con puertas numeradas, pintadas de gris, y al fondo se hallaba el número 24, la habitación de Jonathan. Medía tres metros cuarenta de longitud por dos metros veinte de anchura y dos metros cincuenta de altura, y poseía como únicas comodidades una cama, una mesa, una silla, una bombilla y una percha; nada más. En los años sesenta se aumentó la potencia eléctrica lo suficiente para conectar una placa de cocina y una estufa; se instalaron cañerías de agua corriente y se proveyó a las habitaciones de lavabos y calentadores. Hasta entonces, todos los inquilinos del desván, si no infringían la prohibición de usar un infiernillo de alcohol, habían comido frío, dormido en habitaciones frías y lavado sus calcetines, su escasa vajilla y a sí mismos con agua fría en un único lavabo en el pasillo, junto a la puerta del retrete común. Nada de esto molestaba Jonathan, que no buscaba comodidad, sino un albergue seguro que sólo le perteneciera a él, que le protegiera de las desagradables sorpresas de la vida, y del que nadie pudiera echarle nunca. Y cuando entró por primera vez en la habitación número 24 supo en seguida: Esto es lo que siempre has querido, aquí te quedarás. (Exactamente lo que se supone que ocurre a los hombres en el llamado amor a primera vista, cuando sienten de pronto que una mujer desconocida hasta ahora es la mujer de su vida y permanecerán a su lado hasta el fin de sus días.)

Jonathan Noel alquiló esta habitación por cinco mil francos antiguos al mes, salía de ella cada mañana para ir al trabajo en la cercana rue de Sèvres, volvía al atardecer con pan, salchichas, manzana y queso, comía, dormía y era feliz. Los domingos no abandonaba ni un momento la habitación, sino que la limpiaba y cambiaba las sábanas de la cama. Así vivió, tranquilo y satisfecho, año tras año, decenio tras decenio.

En este tiempo cambiaron determinadas cosas externas, como el precio del alquiler y la clase de inquilinos. En los años cincuenta vivían aún muchas chicas de servicio en los otros cuartos, además de parejas jóvenes y algunos jubilados. Más tarde se vio entrar y salir a muchos españoles, portugueses y norteafricanos. A fines de los años sesenta dominaron los estudiantes, y, después dejaron de estar alquiladas las veinticuatro habitaciones. Muchas permanecías vacías o servían a sus propietarios, que vivían en los pisos inferiores, de trastero o cuarto de invitados ocasional. El número 24 de Jonathan se había convertido al correr los años en una vivienda relativamente confortable. Había comprado una cama nueva y empotrado un armario en la pared, cubierto con una moqueta gris los siete metros y medio cuadrados de suelo y , forrado con un bonito papel rojo brillante el rincón donde cocinaba y se lavaba. Poseía una radio, un televisor y una plancha. Ya no colgaba sus víveres, como antes, en el exterior de la ventana, dentro de una bolsita, sino que los guardaba en una nevera diminuta colocada debajo del lavabo, de modo que ahora la mantequilla no se le derretía ni se le secaba el jamón aun en el verano más caluroso. A la cabecera de la cama se había clavado un estante en el que tenía nada menos que diecisiete libros, que

eran: un diccionario médico de bolsillo en tres tomos, varios volúmenes ilustrados sobre el hombre de Cromagnon, técnicas de fundición de la Edad de Bronce, el antiguo Egipto, los etruscos y la Revolución Francesa, un libro sobre veleros, uno sobre banderas, uno sobre el mundo animal de los trópicos, dos novelas de Alejandro Dumas, padre, las memorias de Saint-Simon, un libro de cocina sobre platos únicos, el Pequeño Larousse y el Breviario para el personal de vigilancia y protección con atención especial a las instrucciones sobre el empleo de la pistola de servicio. Debajo de la cama tenía almacenada una docena de botellas de vino tinto, entre ellas una de Château Cheval Blanc grand cru classé, que reservaba para el día de su jubilación en 1998. Un ingenioso sistema de lámparas eléctricas conseguía que Jonathan pudiera sentarse a leer el periódico en tres puntos diferentes de su habitación -a la cabecera y a los pies de la cama, así como ante una mesita- sin deslumbrarse y sin que se proyectara ninguna sombra sobre el periódico.

Claro que a causa de las numerosas adquisiciones la habitación se había empequeñecido todavía más y, en cierto modo,. crecido hacia dentro como una ostra que fabrica demasiado nácar, y con sus diversas y refinadas instalaciones se parecía mas a un camarote- de barco o a un lujoso compartimiento de coche cama que a una- sencilla chambre de bonne. Había conservado, sin embargo, en el transcurso de los treinta años su cualidad esencial: era y seguía siendo la isla segura de Jonathan en un mundo inseguro, su sólido refugio, su albergue y, sí, incluso, su amante, porque la pequeña habitación le abrazaba con ternura cuando volvía al atardecer, le calentaba y protegía, le alimentaba el cuerpo y el alma, estaba siempre allí cuando la necesitaba y no le abandonaba nunca. Era, de hecho, lo único que en su vida había demostrado ser digno de confianza. y por esto no había pensado ni por un momento en separarse de ella, ni siquiera ahora, cuando ya pasaba de los cincuenta y a veces le costaba un poco de esfuerzo subir los numerosos peldaños, y cuando su sueldo le permitiría alquilar un apartamento en toda regla, con cocina, retrete y cuarto de baño propios. Seguía fiel a su amada e incluso tenía la intención de unirse a ella con lazos más estrechos. Quería perpetuar su relación, comprándola. Ya había cerrado el trato con Madame Lassalle, la propietaria. Costaría cincuenta y cinco mil francos nuevos, de los cuales ya había pagado cuarenta y siete mil. El resto de ocho mil francos debía quedar saldado a finales de año. Y entonces sería definitivo y nada en el mundo podría desunir a Jonathan y a su amada habitación hasta que la muerte los separase.

Así estaban las cosas cuando en agosto de 1984, un viernes por la mañana, ocurrió lo de la paloma.

Jonathan acababa de levantarse. Se había puesto zapatillas y bata para ir al retrete del piso, como cada mañana antes de afeitarse. Antes de abrir la puerta, acercó la oreja al entrepaño y escuchó por si oía a alguien en el pasillo. No le gustaba encontrar a otros inquilinos y menos por la mañana, cuando iba en pijama y bata, y menos aún en dirección al retrete. Encontrarlo ocupado ya sería bastante desagradable para él, pero la idea de tropezar ante el retrete con un inquilino se le antojaba francamente horrible. Le había ocurrido una sola vez, en el verano de 1959, hacía veinticinco años, y aún se estremecía al recordarlo: el susto simultáneo a la vista del otro, la pérdida simultánea de anonimato en una circunstancia que requería un anonimato total, el simultáneo retroceso y paso

adelante, las palabras corteses simultáneamente proferidas, por favor, después de usted, oh, no, después de usted, Monsieur, no tengo ninguna prisa... no, usted primero, insisto... y todo esto en pijama! No, se negaba a experimentarlo otra vez y no había vuelto a experimentarlo gracias a su profiláctica escucha. Aguzando el oído, veía el pasillo a través de la puerta. Conocía todos los ruidos del piso. Sabía interpretar cada crujido, cada chirrido, cada leve murmullo o susurro e incluso el silencio. Y sabía con toda seguridad -ahora que había aplicado dos segundos el oído a la puerta- que no había nadie en el pasillo, que el retrete estaba desocupado, que todos seguían durmiendo. Hizo girar con la mano izquierda el botón de la cerradura de seguridad y con la derecha el pomo de la cerradura de golpe, descorriendo el pestillo, y con un ligero tirón la puerta se abrió.

Casi había puesto el pie en el umbral, ya lo había levantado, era el izquierdo, la pierna estaba a punto de dar el paso... cuando la vio. Se hallaba sentada ante su puerta, apenas a veinte centímetros del umbral, bajo el pálido reflejo de la luz matutina que entraba por la ventana. Acurrucada, con los pies rojos, parecidos a garras, sobre las baldosas granates del pasillo y el plumaje liso de tono gris pizarra: la paloma.

Tenía la cabeza ladeada y miraba embobada a Jonathan con el ojo izquierdo. Este ojo, un disco pequeño y redondo, marrón con un punto negro en el centro, era terrible de ver. Como un botón cosido al plumaje de la cabeza, sin cejas, sin pestañas, totalmente desnudo, descarado y saltón, estaba abierto de un modo monstruoso, aunque había al mismo tiempo cierta astucia disimulada en el ojo, que daba la impresión, también, de no estar abierto ni entornado, sino de carecer simplemente de vida, como la lente de una cámara que absorbe toda la luz exterior y no refleja nada de su interior. En este ojo no había ningún brillo, ningún centelleo, ni una sola chispa de vida. Era un ojo sin mirada. Y estaba clavado en Jonathan.

Tuvo un susto de muerte... así habría descrito con posterioridad el momento, pero sin ser exacto, porque el susto llegó después. Experimentó más bien un asombro de muerte.

Durante cinco o diez segundos tal vez –a él se le antojó una eternidad- permaneció con la mano en el pomo y el pie levantado, como congelado sobre el umbral de su puerta, sin poder retroceder ni avanzar. Entonces se produjo un pequeño movimiento. Y afuera porque la paloma se apoyó sobre el otro pie o porque sólo se esponjó un poco, la cuestión es que una pequeña sacudida recorrió su cuerpo y al mismo tiempo se cerraron sobre su ojo dos párpados, uno desde abajo y otro desde arriba, que en realidad no eran párpados, sino más bien una especie de trampa de goma que, como dos labios surgidos de la nada, se tragaron el ojo. Por un momento, desapareció. Y ahora fue cuando Jonathan se estremeció por el susto y sus cabellos se erizaron de puro terror. Entró en su habitación y cerró la puerta antes de que el ojo de la paloma volviera a abrirse. Puso la cerradura de seguridad, dio, tambaleándose los tres pasos hasta la cama y se sentó temblando, con el corazón desbocado. Tenía la frente helada y notaba el sudor en la nuca y a lo largo de la columna vertebral.

Su primer pensamiento fue que ahora sufriría un infarto cardíaco o un ataque de apoplejía o un colapso circulatorio, para todo lo cual estás en la edad crítica, pensó, a partir de cincuenta años basta el menor motivo para una desgracia semejante. Y se dejó caer de lado sobre la cama y estiró la colcha para

tapar sus hombros trémulos, a la espera del doloroso espasmo, de las punzadas en la región del pecho y los hombros (había leído una vez en su diccionario médico de bolsillo que tales eran los síntomas inconfundibles del infarto) o de la lenta pérdida del conocimiento. No ocurrió, sin embargo, nada parecido. Los latidos del corazón se calmaron, la sangre volvió a fluir con regularidad por la cabeza y los miembros, y no aparecieron los síntomas de parálisis típicos de la apoplejía. Jonathan podía mover los dedos de pies y manos y hacer muecas, contrayendo el rostro, una señal de que todo funcionaba más o menos bien tanto orgánica como neurológicamente.

En lugar de esto se arremolinó en su cerebro una masa caótica de pensamientos sombríos, como una bandada de cuervos negros, y oyó gritos y aleteos en su cabeza y «¡estás acabado -algo graznó-, eres viejo y estás acabado! Dejas que una paloma te dé un susto de muerte, una paloma te hace volver a tu habitación, te derriba, te retiene prisionero. Morirás, Jonathan, morirás, si no en seguida, muy pronto, y tu vida habrá sido un error, tú la habrás estropeado dejando que una paloma la trastorne, tienes que matarla, pero no puedes hacerlo, no puedes matar ni una mosca, bueno, una mosca sí, precisamente una mosca sí, o un mosquito o un escarabajo pequeño, pero nunca una criatura de sangre caliente, un ser de sangre caliente y una libra de peso como una paloma, antes matarías a tiros a un ser humano, pim pam, se hace de prisa, sólo produce un pequeño agujero de ocho milímetros, es limpio y está permitido, en legítima defensa está permitido, artículo uno del reglamento para el personal armado del cuerpo de vigilancia, incluso se ordena, nadie te haría ningún reproche si mataras a un hombre, pero, ¿una paloma? ¿Cómo se mata a tiros una paloma? Una paloma revolotea, es fácil errar el tiro, se trata de un acto brutal, está prohibido disparar contra una paloma, te retiran el arma, pierdes el puesto de trabajo, te meten en la cárcel por matar a tiros una paloma, no, no puedes matarla, pero tampoco puedes vivir con ella, jamás, ningún hombre puede vivir donde habita una paloma, una paloma es el compendio del caos y la anarquía, una paloma revolotea de modo incontrolable, clava las garras y pica los ojos, una paloma lo ensucia todo continuamente y esparce bacterias destructoras y el virus de la meningitis, una paloma no se queda sola, atrae a otras palomas, se aparea y procrea a una velocidad vertiginosa, un ejército de palomas te asediará, ya no podrás abandonar tu habitación, te morirás de hambre, te ahogarás en tus propios excrementos, tendrás que lanzarte por la ventana y estrellarte contra la acera, no, serás demasiado cobarde, te quedarás encerrado en tu habitación y pedirás socorro a gritos, llamarás a los bomberos para que acudan con escaleras y te salven de una paloma, ¡de una paloma!, serás el hazmerreír de la casa, de todo el barrio, "¡Mirad a Monsieur Noel! -exclamarán, señalándote con los dedos-, ¡"Mirad cómo se hace salvar de una paloma!", y te encerrarán en una clínica psiquiátrica: ¡oh, Jonathan, Jonathan, tu situación es desesperante, estás perdido, Jonathan!».

Así gritaba y graznaba algo que había en su cabeza, y Jonathan estaba tan desesperado y aturdido que hizo una cosa que no había hecho desde sus días infantiles, juntar en su desamparo las manos para la oración y «Dios mío, Dios mío -rezó- ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué me castigas de este modo? Padre nuestro que estás en los cielos, sálvame de esta paloma. Amén». No fue, como vemos, una verdadera oración, sino más bien un balbuceo inspirado por fragmentos de su rudimentaria educación religiosa. Le ayudó, sin embargo,

porque requirió cierta concentración espiritual que ahuyentó en alguna medida la confusión de ideas. Otra cosa le ayudó todavía más. Apenas había terminado su plegaria, cuando sintió tan incontenible necesidad de orinar, que temió ensuciar la cama y el bonito colchón de muelles o incluso la bella moqueta gris si no conseguía encontrar alivio en pocos segundos. Esto le serenó completamente. Se levantó, dolorido, echó una mirada de desesperación a la puerta -no, no podía salir por la puerta; incluso aunque el maldito pájaro se hubiera marchado, ya no podría llegar al retrete...-, fue hacia el lavabo, se apartó la bata de un manotazo, se bajó a toda prisa los pantalones del pijama, abrió el grifo y orinó en la porcelana. No había hecho nunca una cosa así. ¡Sólo la idea de mear en un bonito y blanco lavabo, reluciente de puro limpio, destinado a la higiene del cuerpo y a lavar la vajilla, le horrorizaba! Jamás habría creído que podía caer tan bajo, estar físicamente en situación de cometer semejante sacrilegio. Y mientras veía manar libremente y sin ninguna inhibición el chorro de orina, mezclarse con el agua y bajar gorgoteando por el desagüe y sentía el magnífico alivio de la presión en el bajo vientre, las lágrimas le brotaban de los ojos al mismo tiempo, tan grande era su vergüenza. Cuando terminó, dejó correr el agua un buen rato y limpió a fondo el lavabo con detergente líquido para eliminar hasta la última huella de la fechoría cometida. «Una vez no tiene importancia -murmuró para sus adentros, como para disculparse ante el lavabo, ante la habitación o ante sí mismo-, una vez no tiene importancia, ha sido una emergencia excepcional, seguro que no vuelve a presentarse...»

Se tranquilizó. La actividad del fregado, guardar la botella de detergente, escurrir el trapo -ocupaciones habituales y consoladoras-le devolvieron el sentido de lo pragmático. Miró el reloj. Eran las siete y cuarto pasadas. Normalmente, a las siete y cuarto ya estaba afeitado y se hacía la cama.. El retraso, sin embargo, no era excesivo y podría recuperar el tiempo renunciando, si hacía falta, al desayuno. Si no desayunaba, calculó, llevaría incluso siete minutos de adelanto sobre su horario habitual. Lo importante era que abandonase la habitación como máximo a las ocho y cinco, pues a las ocho y cuarto tenía que estar en el Banco. Era cierto que aún ignoraba cómo lo haría, pero le quedaba un respiro de gracia de tres cuartos de hora, y esto era mucho. Tres cuartos de hora era mucho tiempo cuando se acababa de mirar a la muerte cara a cara y de escapar por los pelos de un infarto cardíaco. Era el doble de tiempo cuando ya no se está bajo la imperiosa presión de una vejiga llena a rebosar. Decidió, por lo tanto, empezar comportándose como si nada hubiera ocurrido y llevar a cabo los quehaceres habituales de la mañana. Abrió el grifo de agua caliente del lavabo y se afeitó.

Mientras se afeitaba, reflexionó a fondo. «Jonathan Noel -se dijo-, estuviste dos años en Indochina como soldado y allí superaste muchas situaciones precarias. Si echas mano de todo tu valor y de todo tu ingenio, si te armas como es debido y si la suerte te acompaña, lograrás con éxito salir de la habitación. ¿Qué harás, sin embargo, cuando lo hayas conseguido? ¿Qué harás cuando hayas pasado de largo frente a ese horrible animal que está ante la puerta, llegado indemne al pie de la escalera y alcanzado la seguridad? Podrás ir al trabajo, podrás pasar el día sano y salvo... pero, ¿qué harás entonces? ¿A dónde irás esta noche? ¿Donde pernoctarás?» Porque tenía muy claro que no quería encontrarse con la paloma por segunda vez -después de eludir la primera- y que en ninguna circunstancia podía vivir bajo el mismo techo con ella, ni un día, ni una noche,

ni una sola hora. Por consiguiente, tenía que estar preparado para pasar esta noche y tal vez las siguientes en una pensión. Esto significaba que debía llevar consigo útiles de afeitar, cepillo de dientes y una muda. Necesitaba además su talonario, y para mayor seguridad, la libreta de ahorros. Tenía mil doscientos francos en la cuenta corriente, lo cual bastaría para dos semanas, contando con que encontrara un hotel barato. Si entonces la paloma continuaba bloqueando su habitación, tendría que gastar dinero de la libreta. En la libreta tenía seis mil francos, una gran suma de dinero con la cual podría vivir meses en un hotel. Y por añadidura cobraba su sueldo, tres mil setecientos francos al mes. Por otra parte, a finales de año debía pagar ocho mil francos a Madame Lassalle, como último plazo de la habitación. De su habitación. De esta habitación que ya no volvería a ocupar. ¿Cómo explicar a Madame Lassalle la petición de una prórroga para el pago del último plazo? Era difícil decirle: «Madame, no puedo pagarle el último plazo de ocho mil francos porque vivo desde hace meses en un hotel, debido a que la habitación que quiero comprarle está bloqueada por una paloma.» No podía decirle tal cosa... Entonces se le ocurrió que aún poseía cinco monedas de oro, cinco napoleones, cada uno de los cuales valía como mínimo seiscientos francos; los había comprado en 1958, durante la guerra de Argelia, por temor a la inflación. En modo alguno podía olvidarse de llevar consigo estos cinco napoleones... También poseía un estrecho brazalete de oro de su madre. y su transistor. Y un elegante bolígrafo plateado que había recibido por Navidad, como todos los empleados del Banco. Si se vendía todos estos tesoros podría, ahorrando mucho, hospedarse en el hotel hasta final de año y aun así pagar los ocho mil francos a Madame Lassalle. La situación mejoraría a partir del 1 de enero, pues entonces sería propietario de la habitación y ya no tendría que pagar el alquiler. Y quizá la paloma no sobreviviría al invierno. ¿Cuánto tiempo vivía una paloma? ¿Dos años, tres años, diez años? ¿Y si ya era una paloma vieja? ¿Y si se moría dentro de una semana? Quizás había venido sólo para morirse...

Terminó de afeitarse, destapó el lavabo, lo enjuagó, volvió a llenarlo de agua, se lavó la parte superior del cuerpo y los pies, se cepilló los dientes, destapó de nuevo el lavabo y lo secó con el trapo. Entonces se hizo la cama.

Bajo el armario tenía una vieja maleta de cartón donde ponía la ropa sucia, que llevaba a la lavandería una vez al mes. La sacó, la vació y la colocó sobre la cama. Era la misma maleta con que se había trasladado en 1942 de Charenton a Cavaillon y la misma con que había venido a París en 1954. Cuando vio la vieja maleta sobre la cama y empezó a llenarla, no con ropa sucia, sino limpia, un par de zapatos, utensilios de tocador, plancha, talonario de cheques y objetos de valor -como para un viaje-, volvieron a saltársele las lágrimas, pero esta vez no de vergüenza, sino de silenciosa desesperación. Le parecía haber retrocedido a treinta años atrás, como si hubiera perdido treinta años de su vida.

Cuando tuvo hecho el equipaje, eran las ocho menos cuarto. Se vistió, primero con el uniforme, de siempre: pantalones grises, camisa azul, chaqueta de cuero, cinturón de piel con funda de pistola y gorra gris de reglamento. Entonces se armó para el encuentro con la paloma. Le asqueaba sobre todo la idea de entrar en contacto físico con ella, de que le picoteara el tobillo, por ejemplo, o revoloteara y le rozara las manos o el cuello con las alas se posara incluso sobre él con sus dedos abiertos como garras. Por esto no se calzó los zapatos ligeros, sino las resistentes botas altas de piel con suela de corderillo que sólo llevaba en enero o febrero, se puso el abrigo de invierno, lo abotonó de

arriba abajo, se envolvió el cuello con una bufanda de lana hasta la barbilla y se protegió las manos con guantes de piel forrados. Cogió el paraguas con la mano derecha y equipado de este modo se aventuró, a las ocho menos siete minutos, a salir de la habitación.

Se quitó la gorra y aplicó la oreja a la puerta. No se oía nada. Volvió a ponerse la gorra, se la caló bien sobre la frente, cogió la maleta y la colocó cerca de la puerta. A fin de tener libre la mano derecha, se colgó el paraguas de la muñeca, cogió el pomo con la diestra y el botón de la cerradura de seguridad con la izquierda, descorrió el pestillo, abrió una rendija y miró hacia fuera.

La paloma ya no estaba delante de la puerta. Sobre la baldosa donde se había sentado antes había ahora una mancha de color verde esmeralda y del tamaño de una moneda de cinco francos y un minúsculo plumón blanco que tembló bajo la corriente de aire de la rendija abierta. Jonathan se estremeció de asco. Habría preferido cerrar de nuevo la puerta; su instinto natural era retroceder hacia la seguridad de la habitación, alejarse del horror que había fuera. Pero entonces vio que no era una mancha aislada, sino muchas manchas. Todo el tramo de pasillo que alcanzaba con la vista estaba salpicado de manchas húmedas y brillantes de color verde esmeralda. Y ahora sucedió algo singular: la multiplicación de la suciedad no incrementó la repugnancia de Jonathan sino que, por el contrario, reforzó su voluntad de resistencia: ante una sola mancha y un solo plumón habría retrocedido y cerrado la puerta, para siempre. El hecho, sin embargo, de que la paloma hubiera ensuciado al parecer todo el pasillo -esta generalización del aborrecido fenómeno- movilizó todo su valor. Abrió la puerta de par en par.

Ahora vio a la paloma. Estaba sentada en el lado derecho a una distancia de un metro y medio, acurrucada en un rincón al fondo del pasillo. Había tan poca luz allí y la mirada de Jonathan en aquella dirección fue tan breve, que no pudo discernir si dormía o vigilaba, si tenía el ojo abierto o cerrado. Tampoco quería saberlo. Le habría gustado no haberla visto. En el libro sobre el mundo animal de los trópicos había leído una vez que ciertos animales, sobre todo el orangután, sólo atacan al hombre cuando éste les mira a los ojos; si hace caso omiso de ellos, le dejan en paz. Quizá podía aplicarse también a las palomas. En cualquier caso, Jonathan decidió comportarse como si la paloma no existiera o, por lo menos, no mirarla más.

Empujó lentamente la maleta hasta e1 pasillo, con mucho cuidado y lentitud, por entre las manchas verdes. Entonces abrió el paraguas, lo sostuvo con la mano izquierda delante del pecho y la cara como un escudo, salió al pasillo, vigilando todavía las manchas del suelo, y cerró la puerta tras de sí. A pesar de todos sus propósitos de comportarse como si nada ocurriera, volvió a acobardarse y el corazón le latió hasta el cuello, y cuando no pudo sacar en seguida la llave del bolsillo con sus dedos enguantados, empezó a temblar tanto por el nerviosismo, que el paraguas estuvo a punto de resbalarle, y cuando lo agarró con la mano derecha, para sujetarlo bien entre el hombro y la mejilla, la llave se le cayó al suelo, casi en medio de una mancha, y tuvo que agacharse para recogerla y cuando por fin la tuvo bien agarrada, su excitación era tal que no consiguió hasta el tercer intento de meterla en la cerradura y darle dos vueltas. En este momento tuvo la sensación de oír un aletea a sus espaldas... ¿o era que había rozado la pared con el paraguas?... Pero entonces volvió a oírlo, con toda claridad, un corto y seco batir de alas, y el pánico se apoderó de él.

Arrancó la llave de la cerradura, aferró la maleta y se alejó a toda prisa. El paraguas abierto rascaba la pared, la maleta golpeaba las otras habitaciones, en medio del pasillo le estorbaban el paso las hojas de la ventana abierta, se introdujo entre ellas como pudo, arrastrando el paraguas con tal violencia y torpeza, que la tela se desgarró, pero él no hizo caso, todo le daba igual, sólo quería irse lejos, lejos, lejos.

Hasta que llegó al descansillo no se detuvo un momento para cerrar el engorroso paraguas y mirar hacia atrás: los luminosos rayos del sol matutino entraban por la ventana y proyectaban un rectángulo de luz nítidamente perfilado en la penumbra del pasillo. Apenas podía atisbarse más allá, pero cuando guiñó los ojos y aguzó la vista, vio Jonathan que la paloma se separaba del rincón oscuro del fondo, daba unos pasos rápidos y tambaleantes y se posaba de nuevo, exactamente, delante de la puerta de su habitación.

Horrorizado, se volvió y bajó las escaleras. Estaba convencido de que no podría regresar jamás.

De peldaño a peldaño se fue tranquilizando. En el descansillo del segundo piso una súbita oleada de calor le recordó que aún llevaba puestos el abrigo, la bufanda y las botas de piel. Por las puertas de las cocinas de los apartamentos, que daban a la escalera interior, podían salir en cualquier momento criadas que iban a la compra o Monsieur Rigaud, para sacar afuera sus botellas de vino, o incluso Madame Lassalle, por cualquier motivo; Madame Lassalle se despertaba temprano, ahora ya estaba levantada, se olía el penetrante aroma de su café por toda la escalera y ahora abriría, por consiguiente, la puerta trasera de su cocina y vería ante ella en el descansillo a Jonathan, embozado para el invierno de la manera más grotesca en pleno sol de agosto... Una situación tan desagradable no podía resolverse pasando de largo, tendría que explicarse, pero, ¿cómo? Tendría que inventar una mentira, pero, ¿cuál? Para su actual aspecto no había ninguna explicación plausible. Sólo podían tomarle por loco. Quizás estaba loco.

Abrió la maleta, sacó de ella el par de zapatos y se despojó con rapidez de guantes, abrigo, bufanda y botas; se calzó los zapatos, arrebujó en la maleta bufanda, guantes y botas y se colgó el abrigo del brazo. Pensó que ahora su existencia volvía a estar justificada ante todo el mundo. En caso necesario siempre podría decir que llevaba la ropa a la lavandería y el abrigo de invierno a la tintorería. Notablemente aliviado, continuó bajando.

En el patio interior se encontró con la concierge, que en aquel momento metía en la casa en una carretilla los cubos de basura vacíos. Al instante se sintió descubierto y su paso se hizo vacilante. Ya no podía retroceder hasta la oscuridad de la escalera porque ella le había visto, tenía que seguir andando.

-Buenos días, Monsieur Noel-dijo ella mientras él pasaba por su lado con afectada energía.

-Buenos días, Madame Rocard -murmuró.

Nunca se decían nada más. Desde hacía diez años -el tiempo que ella llevaba en la casa-, él sólo murmuraba «Buenos días, Madame» y «Buenas tardes, Madame» y «Gracias, Madame», cuando le entregaba el correo. No porque tuviese nada en contra de ella, pues no era una persona desagradable. Era igual que su antecesora y la antecesora de ésta. Igual que todas las concierges: de edad indefinida, entre cuarenta y sesenta y pico años, arrastraba los pies al andar, como todas ellas, era de figura rechoncha y tez pálida y olía a moho.

Cuando no entraba o sacaba los cubos de basura, limpiaba las escaleras o hacía sus compras a toda prisa, se sentaba bajo la luz de neón de su pequeña portería, en el pasillo entre la calle y el patio, y encendía el televisor, cosía, planchaba, cocinaba y se emborrachaba con vino tinto barato y vermut, también como todas las demás concierges. No, realmente no tenía nada contra ella, sólo tenía algo contra todas las concierges en general, pues eran, personas que a causa de su profesión observaban a los demás de forma permanente. Y Madame Rocard en particular le observaba a él, Jonathan, de forma permanente. Era totalmente imposible pasar por delante de Madame Rocard sin ser advertido por ella, aunque sólo fuera con la más breve de las ojeadas. Incluso cuando dormitaba en la silla de su portería -como solía hacer sobre todo en las primeras horas de la tarde y después de la cena-, bastaba el ligero chirrido de la puerta de entrada para despertarla unos segundos y permitirle atisbar a la persona que pasaba. Nadie en el mundo se fijaba tan a menudo y con tanta atención en Jonathan como Madame Rocard. No tenía ningún amigo. En el Banco pertenecía, por así decido, al inventario. Los clientes le consideraban un aditamento, no una persona. En el supermercado, en la calle, en el autobús (¡si alguna vez viajaba en autobús!), la multitud aseguraba su anonimato. Madame Rocard era la única que le conocía y reconocía a diario y le dedicaba por lo menos dos veces al día su descarada atención. Gracias a esto sabía detalles tan íntimos de su vida como: qué ropa llevaba; con qué frecuencia se cambiaba la camisa cada semana; si se había lavado el pelo; qué traía a casa para cenar; si recibía correo y de quién. Y aunque Jonathan, como ya se había dicho, no tenía ninguna objeción personal contra Madame Rocard, y aunque sabía muy bien que sus miradas indiscretas no se debían en absoluto a la curiosidad, sino a su sentido del deber profesional, siempre sentía que estas miradas se posaban en él como un reproche mudo y cada vez que pasaba por delante de Madame Rocard -incluso ahora, después de tantos años-, le invadía una cálida ola de indignación: ¿Por qué diablos me observa otra vez? ¿Por qué me somete de nuevo a examen? ¿Por qué no me deja por fin una sola vez mi integridad, haciendo caso omiso de mí? ¿Por qué son los seres humanos tan impertinentes?

Y como hoy se sentía especialmente sensible a causa de lo ocurrido y como creía llevar consigo, bien a la vista, lo miserable de su existencia en forma de una maleta y un abrigo de invierno, la mirada de Madame Rocard se le antojó especialmente dolorosa y sobre todo su saludo: «¡Buenos días, Monsieur Noel!», lleno de evidente sarcasmo y la ola de indignación que hasta ahora había sabido frenar siempre, creció de improviso, se hinchó hasta convertirse en franca cólera y le impulsó a hacer algo que no había hecho nunca: se detuvo cuando ya había pasado de largo frente a Madame Rocard, dejó la maleta en el suelo, puso encima el abrigo de invierno y se volvió; se volvió, absolutamente decidido a replicar de una vez por todas a la impertinencia de su mirada y de su saludo. Cuando se acercó a ella, aún no sabía qué decir o hacer; sólo sabía que haría o diría algo. La ola de indignación desbordada le condujo hasta ella, con una osadía sin límites.

Ella ya había descargado los cubos de basura y se disponía a volver a su portería cuando él la abordó, casi en el centro del patio. Ambos se detuvieron a medio metro de distancia uno de otro. Él no había visto nunca tan de cerca su palidez de gusano. La piel de los mofletes le pareció muy delicada, como de seda vieja y frágil, y en sus ojos, ojos pardos, ya no quedaba, a tan poca

distancia, nada de su descarada impertinencia, sino más bien algo blando, casi una timidez de adolescente. Jonathan, sin embargo, no se dejó inmutar por estos detalles, que de hecho concordaban poco con la idea que se había formado de Madame Rocard. Se tocó la gorra, para dar a la escena un matiz oficial, y habló con voz bastante brusca:

-¡Madame! Tengo algo que decirle. -En este punto continuaba sin saber qué quería decir.

-¿Sí, Monsieur Noel? -dijo Madame Rocard, levantando la cabeza con una leve sacudida de la nuca.

Parece un pájaro, pensó Jonathan, un pajarito asustado. Y repitió la frase en tono cortante:

-Madame, debo decirle lo siguiente... -Y entonces oyó para su propio asombro la frase formada sin su intervención por su creciente cólera-: Delante de mi habitación se encuentra un pájaro, Madame -y en seguida, concretando-, una paloma, Madame. Está sentada sobre las baldosas, delante de mi habitación. -Y en este momento consiguió hacerse con las riendas de su discurso surgido, al parecer, de su subconsciente, e imprimirle cierta dirección al añadir, en tono explicativo-: Esta paloma, Madame, ya ha ensuciado con excrementos todo el pasillo del sexto piso.

Madame Rocard se apoyó en un pie y luego en otro, hundió un poco más la cabeza en la nuca y preguntó:

-¿De dónde ha venido la paloma, Monsieur?

-Lo ignoro -respondió Jonathan-, probablemente ha entrado por la ventana del pasillo, que está abierta. La ventana tiene que estar siempre cerrada. Así consta en el reglamento de la casa.

-Es probable que la haya abierto uno de los estudiantes -dijo Madame Rocard-, a causa del calor.

-Puede ser -asintió Jonathan-, pero aun así tiene que permanecer cerrada, sobre todo en verano, cuando durante una tormenta, puede golpearse y romperse. Ya pasó en el verano de 1962. Costó ciento cincuenta francos cambiar los cristales. Desde entonces consta en el reglamento de la casa que la ventana debe permanecer siempre cerrada.

Se daba perfecta cuenta de que su reiterada alusión al reglamento de la casa tenía algo de ridículo. Y no le interesaba en absoluto saber por dónde había entrado la paloma. Sobre la paloma no quería discutir más detalles, este horrible problema le concernía a él solo. Únicamente quería desahogarse a propósito de las miradas impertinentes de Madame Rocard, nada más, y esto ya lo había hecho con las primeras frases. Ahora la indignación había remitido. Ahora ya no sabía qué decir.

-Hay que ahuyentar a la paloma y cerrar la ventana -dijo Madame Rocard. Lo dijo como si fuera lo más sencillo del mundo y con ello todo volviera a sus cauces normales. Jonathan calló. Había sumergido la mirada en el fondo pardo de los ojos de ella y temió hundirse en él como en un pantano blando y marrón, por lo que tuvo que cerrar un segundo los ojos para salir, y carraspear para recuperar la voz.

-Es... -empezó y carraspeó otra vez- es que hay muchas manchas. Manchas verdes y también plumas. Ha ensuciado todo el pasillo. Éste es el principal problema.

-Naturalmente, Monsieur -asintió Madame Rocard-, hay que limpiar e!

pasillo. Pero antes es preciso ahuyentar a la paloma.

-Sí -dijo Jonathan-, sí, sÍ... -y pensó: «¿Qué quiere decir? ¿Qué pretende? ¿Por qué dice: es preciso ahuyentar a la paloma? ¿Acaso quiere decir que yo debo ahuyentarla?»

Y deseó no haberse atrevido nunca a dirigirse a Madame Rocard.

-Sí, sí -tartamudeó otra vez-, es... es preciso ahuyentarla. Yo... yo mismo lo habría hecho, pero no tenía tiempo. Debo apresurarme. Como ve, hoy me llevo la ropa sucia y el abrigo de invierno. He de llevar el abrigo a la tintorería y la ropa a la lavandería y después ir al trabajo. Tengo mucha prisa, Madame, y por esto no he podido ahuyentar a la paloma. Sólo quería informarla del hecho. Sobre todo por las manchas. La suciedad que representan las manchas en el pasillo es el problema principal, que infringe las normas de la casa. En el reglamento consta que pasillo, escalera y lavabo tienen que estar siempre limpios.

No recordaba haber pronunciado en su vida un discurso más torpe. Las mentiras le parecían burdamente manifiestas y la única verdad que debían encubrir, la de que él jamás habría podido ahuyentar a la paloma, sino que, por e! contrario, hacía rato que la paloma le había ahuyentado a él, quedaba al descubierto de la manera más penosa; y aunque Madame Rocard no hubiese distinguido esta verdad en sus palabras, la tenía que haber leído ahora en su rostro, porque se sentía acalorado y notaba que la sangre le afluía a la cabeza y la vergüenza le encendía las mejillas.

Madame Rocard, sin embargo, fingió no percatarse de nada (¿o quizá no se percató realmente de nada?) y sólo dijo:

-Le agradezco e! aviso, Monsieur. Me ocuparé del asunto en cuanto pueda. –Y, bajando la cabeza, describió un círculo alrededor de Jonathan, se escabulló hasta el retrete adosado a la portería y desapareció en su interior.

Jonathan la siguió con la mirada. Si había abrigado la menor esperanza de que alguien pudiera salvarle de la paloma, la visión descorazonadora de Madame Rocard desapareciendo en su retrete hizo desaparecer también esta esperanza. «No se ocupará de nada -pensó-, absolutamente de nada. ¿Y por qué habría de hacerlo? Sólo es una concierge y como tal está obligada a barrer la escalera y el pasillo y limpiar una vez por semana el retrete de la comunidad, pero no a ahuyentar a una paloma. Esta tarde sin falta se emborrachará con vermut y olvidará todo este asunto, si no lo ha olvidado ya...»

Jonathan llegó puntualmente al Banco a las ocho y cuarto, cinco minutos justos antes de que llegara el director adjunto, Monsieur Vilman, y la primera cajera, Madame Roques. Juntos, abrieron la entrada principal: Jonathan, la reja de tijera exterior, Madame Roques, la puerta exterior de cristal blindado y Monsieur Vilman, la interior. Entonces Jonathan y Monsieur Vilman desconectaron el dispositivo de alarma con sus llaves tubulares, Jonathan y Madame Roques abrieron la puerta cortafuegos de doble cerradura que conducía al sótano, Madame Roques y Monsieur Vilman desaparecieron en el sótano para abrir con sus llaves correspondientes la cámara acorazada, y Jonathan, que mientras tanto había guardado maleta, paraguas y abrigo de invierno en el armario que había junto al lavabo, se colocó ante la puerta interior de cristal para dejar entrar a los demás empleados, oprimiendo dos botones, uno de los cuales abría la puerta exterior de cristal blindado y el otro la interior por un sistema de compuertas eléctrico alterno. A las ocho y cuarenta y cinco minutos se había

reunido todo el personal, cada uno ocupó su lugar tras las ventanillas, en la caja o en los despachos, y Jonathan salió del Banco para montar guardia fuera, en los escalones de mármol, ante la entrada principal. Su verdadero servicio había comenzado.

Este servicio no consistía en otra cosa desde hacía treinta años que en la permanencia de Jonathan ante el portal o en que patrullara a pasos mesurados por el inferior de los tres escalones de mármol, por las mañanas de nueve a una y por las tardes de las dos y media a la cinco y media. Hacia las nueve y media y entre las cuatro y media y las cinco se producía una pequeña interrupción, debida a la entrada y salida de la limusina negra de Monsieur Roedels, el director. Se trataba de abandonar el puesto en el escalón de mármol, recorrer a toda prisa unos doce metros de la fachada del Banco hasta la entrada del patio interior, empujar la pesada verja de acero, llevarse la mano aja gorra en un saludo respetuoso y dejar pasar la limusina. Algo parecido podía ocurrir a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde, cuando llegaba el vehículo azul blindado del «Servicio de Transporte de Valores Brink». Para el también debía abrirse la verja de acero y había que dedicar otro gesto de saludo a sus ocupantes, aunque no el respetuoso ademán de la palma al borde de la gorra, sino el más rápido, hecho con el índice, de un colega a otro. No pasaba nada más. Jonathan permanecía de pie, miraba con fijeza hacia delante y esperaba. A veces se miraba con fijeza los pies, otras miraba la acera, otras el café de la acera opuesta. A veces daba siete pasos hacia la izquierda y siete pasos a la derecha por el escalón inferior de mármol, o dejaba el escalón inferior y se colocaba en el segundo, y otras, cuando el sol quemaba con demasiada fuerza y el calor acumulaba el sudor en la badana de su gorra, subía incluso al tercer escalón, que estaba a la sombra del tejadillo del portal, para quedarse allí a vigilar y esperar, después de haberse quitado un momento la gorra y secado con el puño la frente húmeda.

Había calculado una vez que cuando se jubilara habría pasado setenta y cinco mil horas de pie en estos tres escalones de mármol. Sería con toda seguridad la persona que había permanecido más tiempo de pie en el mismo lugar de todo París, o quizá de toda Francia. Probablemente ya lo era, pues hasta la fecha había pasado cincuenta y cinco mil horas en los escalones de mármol. Había muy pocos vigilantes fijos en la ciudad. La mayoría de los Bancos estaban abonados a las llamadas agencias de vigilancia de edificios y colocaban ante sus puertas a unos tipos jóvenes de piernas separadas y aspecto ceñudo que a los pocos meses, o a menudo a las pocas semanas, eran relevados por otros tipos igualmente ceñudos, al parecer por motivos de psicología laboral: decían que la atención de un vigilante disminuía cuando estaba demasiado tiempo de servicio en el mismo lugar; su percepción de los sucesos del entorno se embotaba: se volvía perezoso, descuidado y, por lo tanto, inservible para sus tareas...

¡Tonterías! Jonathan opinaba de otro modo: la atención del vigilante disminuía al cabo de pocas horas. Desde el primer día no tomaba una nota consciente del entorno ni de los centenares de personas que entraban en el Banco, y tampoco era necesario, ya que de todos modos no se puede distinguir a un atracador de Bancos de un cliente. E incluso aunque el vigilante fuera capaz de ello y arremetiera contra el ladrón, éste le habría derribado y muerto a tiros mucho antes de que él pudiese abrir siquiera la funda de la pistola, porque el atracador tenía sobre el vigilante la ventaja insuperable de la sorpresa.

Como una esfinge -así lo creía Jonathan, que una vez había leído algo sobre esfinges en sus libros-, el vigilante era como una esfinge. Su efectividad no radicaba en la acción, sino en su simple presencia física. Ésta y sólo ésta se oponía al atracador potencial. «Tienes que pasar por delante de mí -dice la esfinge al profanador de sepulturas-, no puedo impedírtelo, pero tienes que pasar por delante de mí; y si te atreves a hacerlo, ¡la venganza de los dioses y de los manes del faraón caerá sobre ti!» Y el vigilante: «Tienes que pasar por delante de mí, no puedo impedírtelo, pero si te atreves a hacerlo, tendrás que matarme a tiros, ¡y la venganza de la justicia caerá sobre ti en forma de una condena por asesinato!»

Sin embargo, Jonathan sabía muy bien que la esfinge disponía de sanciones más efectivas que el vigilante. Este último no podía amenazar con la venganza de los dioses. Y aun en el caso de que el ladrón no diese importancia a las sanciones, la esfinge apenas corría peligro. Era de basalto, estaba esculpida en la piedra y fundida en bronce o protegida por gruesos muros. Sobrevivía sin esfuerzo a cualquier profanador de sepulturas en cinco mil años... mientras que el vigilante tenía que perder la vida a los cinco segundos de haberse iniciado un atraco. Y, no obstante, Jonathan encontraba que la esfinge y el vigilante se parecían, porque el poder de ambos no era instrumental, sino simbólico. Y con la única conciencia de este poder simbólico, que constituía todo su orgullo y toda su dignidad, que le daba fuerza y resistencia y que le hacía más invulnerable que la atención, el arma o el cristal a prueba de balas, Jonathan Noel permanecía en los escalones de mármol del Banco y montaba guardia desde hacía ya treinta años, sin miedo, sin dudas, sin el menor sentimiento de insatisfacción y sin expresión hosca, hasta el día de hoy.

Hoy, sin embargo, todo era diferente. Hoy todo quería impedir que Jonathan encontrase su serenidad de esfinge. A los pocos minutos ya empezó a sentir el peso de su cuerpo en una dolorosa presión sobre las plantas de los pies, se apoyó primero en uno y luego en el otro para distribuir el paso, y por este motivo dio un ligero traspiés que tuvo que compensar con pequeños pasos laterales para que su centro de gravedad, que siempre había mantenido en una vertical perfecta, no perdiera el. equilibrio. También sintió un escozor repentino en los muslos, en los lados del pecho y en la nuca. Al cabo de un rato empezó a picarle la frente, igual que si la tuviera seca y áspera como a veces en invierno, pero ahora hacía calor, un calor excesivo incluso para las nueve y cuarto, su frente estaba húmeda como no solía estarlo hasta las once y media... le picaban los brazos, el pecho, la espalda, las piernas, le picaba toda la superficie de la piel y habría querido rascarse, furiosamente y sin tino, ¡pero un vigilante no debía rascarse nunca en público! Así que contuvo el aliento, sacó el pecho, encorvó la espalda para relajarla, levantó y hundió los hombros y se movió así desde dentro contra la ropa para procurarse alivio. Estos insólitos distendimientos y contracciones volvieron a provocar aquel tambaleo y pronto resultó que los pasitos laterales no eran suficientes para mantener el equilibrio, y Jonathan se vio obligado a renunciar, contra su costumbre, a la guardia estatuaria antes de que llegase la limusina de Monsieur Roedels hacia las diez y media y empezar a patrullar arriba y abajo, siete pasos hacia la izquierda y siete pasos hacia la derecha. Intentó fijar la mirada en el borde del segundo escalón de mármol, paseándola como un cochecito por un carril seguro, a fin de que esta imagen siempre igual del borde del escalón de mármol lograra con su insistente

monotonía inspirarle la deseada serenidad de la esfinge que le haría olvidar el peso del cuerpo, la picazón de la piel y el general y singular desconcierto de cuerpo y espíritu. Pero todo fue inútil. El cochecito descarrilaba constantemente. A cada parpadeo se apartaba la mirada del condenado borde y se posaba en otras cosas: un trozo de periódico en la acera; un pie con calcetín azul; una espalda femenina; una cesta de la compra con pan en su interior; el pomo de la puerta de cristal exterior; el rombo luminoso del estanco frente al café; una bicicleta, un sombrero de paja, una cara... Y no conseguía fijar la vista en ninguna parte, concentrarse en un punto nuevo que le prestara apoyo y orientación. Apenas había enfocado el sombrero de paja, a su derecha, cuando un autobús atraía su mirada calle abajo, hacia la izquierda, y a los pocos metros la desviaba calle arriba un cabriolé deportivo blanco que circulaba a la derecha, donde entretanto había desaparecido el sombrero de paja... sus ojos lo buscaron en vano entre la multitud de transeúntes y la multitud de sombreros, se detuvieron en una rosa que oscilaba en un sombrero completamente distinto, se apartaron, volvieron a posarse por fin en el bordillo, pero tampoco esta vez pudieron descansar, y siguieron vagando, inquietos, de punto en punto, de mancha en mancha, de línea en línea... Era como si hoy hubiera en el aire una vibración de calor como las que sólo se conocen en las tardes más sofocantes de julio. Velos transparentes temblaban ante las cosas. Los contornos de las casas, de los tejados y de sus caballetes eran a la vez nítidos y difusos, como si tuvieran flecos. Los bordillos y los intersticios entre las baldosas de la acera -siempre como trazadas con una regla- serpenteaban en relucientes curvas. y todas las mujeres parecían llevar hoy vestidos chillones, pasaban como llamas ardientes, atrayendo hacia ellas la mirada, pero sin retenerla. Nada estaba perfilado con claridad. Nada permitía fijar la vista. Todo vibraba.

Son mis ojos, pensó Jonathan. Me he vuelto miope de la noche a la mañana. Necesito gafas. De niño había tenido que llevar gafas, nada fuerte, sólo cero coma setenta y cinco dioptrías en ambos ojos, derecho e izquierdo. Era muy extraño que la miopía volviera a molestarle ahora, a sus años. Con la edad uno se vuelve más bien présbita, según había leído, y la miopía anterior remite. Quizá la suya no era una miopía corriente, sino algo que no se podía corregir con gafas: cataratas, glaucoma, desprendimiento de retina, un cáncer de ojo, un tumor cerebral que hacía presión sobre el nervio óptico...

Estaba tan ocupado con estos terribles pensamientos que no llegó a percibir un bocinazo corto y repetido. No lo oyó hasta la cuarta o quinta vez -ahora lo tocaban en tonos prolongados-; reaccionó y levantó la cabeza: ¡y allí estaba, efectivamente, la limusina negra de Monsieur Roedels ante la verja! Tocaron otra vez el claxon e incluso le hicieron señas, como si esperasen desde hacía varios minutos. ¡Ante la verja! ¡La limusina de Monsieur Roedels! ¿Cuándo le había pasado por alto su proximidad? Normalmente, no necesitaba ni mirar, intuía su llegada y oía el zumbido del motor; aunque hubiera estado dormido, se habría despertado como un perro al acercarse la limusina de Monsieur Roedels.

No sólo se apresuró, sino que se precipitó hacia la entrada -a punto estuvo de caerse por la prisa-, abrió la verja, se apartó y saludó con el corazón palpitante y un temblor en la mano que tocaba la visera de la gorra.

Cuando se dirigió de nuevo a la entrada principal, después de cerrar la verja, estaba bañado en sudor. «Te ha pasado por alto la limusina de Monsieur Roedels -murmuró voz desesperada y trémula, y repito, como si él mismo no

pudiera creérselo-: Te ha pasado por alto la limusina de Monsieur Roedels... no la has visto, has fallado, has descuidado gravemente tu deber, no sólo eres ciego, sino sordo, estás viejo y caduco, no sirves para vigilante.»

Llegó al escalón inferior de mármol, se subió a él y trató de adoptar su postura. En seguida se dio cuenta de que no lo conseguía. Los hombros ya no querían mantenerse erguidos, los brazos se balanceaban junto a las costuras de los pantalones. Sabía que en este momento ofrecía un aspecto ridículo y no podía hacer nada para evitado. Lleno de silenciosa desesperación, miró la acera, la calle y el café de enfrente. La vibración del aire había cesado. Las cosas volvían a estar en su sitio, las líneas eran rectas, el mundo estaba claro ante sus ojos. Oyó el ruido del tráfico, el silbido de las puertas del autobús, los gritos de los camareros del café, el taconeo de los zapatos femeninos. Ni su visión ni su oído sufrían el menor deterioro, pero el sudor le bajaba a chorros por la frente. Se sentía débil. Dio media vuelta, subió al segundo escalón, subió al tercero y se situó en la sombra, delante mismo de la columna, al lado de la puerta exterior de cristal. Juntó las manos en la espalda, de modo que tocaron la columna, y entonces se dejó caer despacio contra las propias manos y contra la columna, apoyándose por primera vez en sus treinta años de servicio. Y durante unos segundos, cerró los ojos. Tan grande era su vergüenza.

A la hora de almorzar sacó del armario la maleta, el abrigo y el paraguas y se dirigió a la cercana rue Saint-Placide, donde se hallaba un pequeño hotel ocupado principalmente por estudiantes y trabajadores extranjeros. Pidió la habitación más barata, le ofrecieron una de cincuenta y cinco francos, la reservó sin verla, pagó por adelantado y dejó el equipaje en la recepción. Compró en un quiosco dos roscas de pasas y una bolsa de leche y se fue al Square Boucicaut, un pequeño parque frente a los almacenes Bon Marché. Allí se sentó a la sombra en un banco y comió.

Dos bancos más allá se acurrucaba un clochard. El clochard tenía una botella de vino entre los muslos, media baguette en la mano y, a su lado, sobre el banco, una bolsa de sardinas ahumadas. Sacaba las sardinas de la bolsa por la cola, una después de otra, les mordía la cabeza, la escupía y se metía el resto entero en la boca. Por último, un trozo de pan, un gran trago de la botella y un suspiro de satisfacción. Jonathan conocía al hombre. En invierno se sentaba siempre en la entrada de mercancías de los almacenes, sobre el enrejado de la calefacción; y en verano, ante las tiendas de la rue de Sèvres o en el portal de la Misión extranjera o junto a la estafeta de Correos. Vivía en el barrio desde hacía décadas, tanto tiempo como Jonathan. Y Jonathan recordó que cuando le vio por primera vez, treinta años atrás, sintió que le dominaba. una especie de envidia rabiosa, envidia de la despreocupación con que este hombre llevaba su existencia. Mientras Jonathan entraba de servicio todos los días a las nueve en punto, el clochard no aparecía hasta las diez o las once; mientras Jonathan tenía que permanecer de pie y en posición de firmes, el clochard se repantigaba cómodamente sobre un pedazo de cartón y fumaba; mientras Jonathan vigilaba un Banco, exponiendo la propia vida, hora tras hora, días tras día y año tras año, ganándose duramente el sustento con esta actividad, este tipo no hacía nada más que fiarse de la compasión y solidaridad de sus semejantes, que le echaban dinero en la gorra. Y nunca parecía estar de mal humor, ni siquiera cuando la gorra se quedaba vacía, nunca parecía sufrir ni enfadarse ni siquiera aburrirse.

Siempre emanaba de él una seguridad en sí mismo y una complacencia indignantes, el aura de la libertad, provocativamente exhibida.

Una vez, sin embargo, a mediados de los años sesenta, en otoño, cuando Jonathan iba a la estafeta de la rue Dupin, estuvo a punto de tropezar en la entrada con una botella de vino colocada sobre el pedazo de cartón, junto a una bolsa de plástico y la conocida gorra con un par de monedas en el interior, y buscó por un momento, involuntariamente, al clochard, no porque le echara de menos como persona, sino porque faltaba el punto central en el bodegón de botella, cartón y bolsa... y entonces le vio en el lado opuesto de la calle, en cuclillas entre dos coches aparcados, y vio cómo hacía sus necesidades: estaba agachado cerca del bordillo, con los pantalones bajados hasta las rodillas y el trasero vuelto hacia Jonathan; tenía el trasero completamente al descubierto, pasaban transeúntes por el lado, todos podían verlo: un trasero blanco como la harina, salpicado de manchas azules y costras rojizas, de aspecto tan

desollado como el de un anciano confinado en la cama, aunque el hombre no era más viejo que el propio Jonathan entonces, tal vez tenía treinta o treinta y cinco años como máximo. Y de aquel trasero desollado salió despedido contra los adoquines un chorro de líquido marrón y grumoso con violencia y en cantidad increíbles, se formó un charco, un lago que rodeó los pies y ensució con las salpicaduras lanzadas hacia abajo y hacia arriba calcetines, tobillos, pantalones, camisa, todo...

La visión fue tan sórdida, tan repugnante, tan espantosa, que aún hoy temblaba Jonathan al recordarla. Entonces huyó, tras el breve momento de horrorizada atención, entrando en la estafeta salvadora, donde pagó la factura de la electricidad y compró sellos, aunque no los necesitaba, sólo para prolongar su permanencia en el lugar y asegurarse de que cuando saliera de la estafeta ya no encontraría al clochard entregado a su menester. Al salir entornó los ojos, bajó la mirada y se obligó a no dirigirla hacia el otro lado de la calle, sino a la izquierda, hacia arriba de la rue Dupin, y en dicha dirección echó también a correr, hacia la izquierda, aunque no se le había perdido nada allí, sólo para no tener que pasar por delante de la botella de vino, el cartón y la gorra, y dio un gran rodeo por la rue du Cherche-Midi y el boulevard Raspail antes de ir a la rue de la Planche y alcanzar su habitación, el albergue seguro.

A partir de entonces se desvaneció en el alma de Jonathan todo sentimiento de envidia hacia el clochard. Cuando en alguna ocasión le asaltaba una ligera duda sobre si tenía sentido que un hombre pasara un tercio de su vida en pie ante la puerta de un Banco, abriendo sólo de vez en cuando una verja y saludando la limusina del director, siempre lo mismo, con vacaciones exiguas y exiguo sueldo, la mayor parte del cual desaparecía en forma de impuestos, alquiler y cuotas de la seguridad social... si todo esto tenía sentido, ahora veía la respuesta ante sí, clara como aquella terrible imagen de la rue Dupin: Sí, tenía sentido. Tenía incluso mucho sentido, porque le preservaba de descubrir el trasero en público y cagar en la calle. ¿Qué era más miserable que desnudar el trasero en público y tener que cagar en la calle? ¿Qué era más humillante que aquellos pantalones bajados, esta posición en cuclillas, aquella desnudez fea y obligada? ¿Qué era más degradante y triste que la obligación de hacer tan penosas necesidades ante los ojos de todo el mundo? ¡Necesidades! La palabra en sí ya sugería vejación. Y como todo lo que debía hacerse por perentoria necesidad requería, para ser soportable, la ausencia radical de otras personas... o por lo menos su supuesta ausencia: un bosque, si uno se encontraba en el campo; un matorral, si a uno le acometía en campo abierto, o como mínimo un surco del arado o el crepúsculo o, en su defecto, una explanada donde nadie pudiera ser visto desde un kilómetro a la redonda. ¿Y en la ciudad? ¿En la ciudad de las multitudes, donde nunca oscurecía realmente, donde ni siquiera un solar ruinoso ofrecía una seguridad satisfactoria contra las miradas indiscretas? En la ciudad, lo único que servía para distanciarse de la gente era un cobertizo con una buena cerradura y un cerrojo. Quien no poseía este refugio seguro para sus necesidades, era el ser más miserable y digno de lástima. Con libertad o sin ella. Jonathan habría podido arreglarse con poco dinero. Podía imaginarse con una chaqueta raída y unos pantalones rotos. Si le apuraban y si movilizaba toda su fantasía romántica, incluso le parecía concebible dormir sobre un pedazo de cartón y limitar la intimidad de su propio techo a cualquier

rincón, a una reja de calefacción, a la escalera de una estación de metro. Pero cuando en una gran ciudad no se tenía una puerta que cerrar detrás de sí para cagar -aunque fuera la puerta del retrete del piso-, cuando se carecía de esta libertad, la más importante, la libertad de aislarse de los demás para hacer las propias necesidades, todas las otras libertades no tenían ningún valor. Entonces la vida ya no tenía sentido. Entonces era mejor estar muerto.

Cuando Jonathan llegó a la conclusión de que la esencia de la libertad humana consistía en la posesión de un retrete comunitario y que él disponía de esta libertad esencial, le invadió un sentimiento de profunda satisfacción. ¡Sí, había acertado al organizar su vida de este modo! Su existencia era un acierto total. N o había en ella absolutamente nada que deplorar o motivo alguno para envidiar a otros.

En lo sucesivo se plantó con las piernas más firmes ante las puertas del Banco. Permanecía allí como si fuera de bronce. Aquella complacencia y seguridad en sí mismo que había atribuido hasta ahora a la persona del clochard, se le habían instilado como metal fundido, formado un blindaje en su interior y aumentado su fuerza. De ahora en adelante nada podría quebrantarle y ninguna duda podría hacerle vacilar. Había encontrado la serenidad de la esfinge. En cuanto al clochard, experimentaba hacia él -cuando se cruzaban o le veía sentado en alguna parte- aquel sentimiento que suele calificarse de tolerancia: una tibia mezcla de asco, desprecio y compasión. El hombre ya no le conmovía. Le resultaba indiferente.

Le había sido indiferente hasta el día de hoy, en que Jonathan se hallaba sentado en el Square, Boucicaut, troceando sus roscas de pasas y bebiendo leche de la bolsa. En general iba a almorzar a su casa, ya que vivía a sólo cinco minutos de aquí. En su casa solía prepararse algo caliente sobre la placa eléctrica, una tortilla, huevos fritos con jamón, fideos con queso rallado, el resto de una sopa de la víspera, una ensalada y café. Hacía una eternidad que no se sentaba en un banco del parque para comer roscas de pasas y beber leche de una bolsa. En realidad, lo dulce no le gustaba mucho. Y la leche tampoco. Sin embargo, hoy ya había gastado cincuenta y cinco francos en la habitación del hotel y se le habría antojado un derroche entrar en un café y pedir una tortilla, ensalada y cerveza.

El clochard, en el otro banco, ya había terminado de comer. Después de las sardinas y el pan, había comido queso, peras y galletas, bebido un gran trago de la botella de vino, exhalado un suspiro de satisfacción y enrollado después su chaqueta como una almohada, apoyado en ella la cabeza y estirado sobre el banco el cuerpo maloliente y ahíto para hacer la siesta. Ahora dormía. Acudió una bandada de gorriones a picotear las migas y a continuación, atraídas por los gorriones, llegaron tambaleándose hasta el banco algunas palomas, que picotearon con sus picos negros las cabezas de las sardinas, arrancadas de un mordisco. Las aves no molestaron al clochard, que dormía profunda y pacíficamente.

Jonathan le contempló y, mientras le contemplaba, le asaltó una inquietud extraña. Esta inquietud no se debía a la envidia, como en otro tiempo, sino a la perplejidad. ¿Cómo era posible -se preguntó que este hombre siguiera viviendo a sus cincuenta y pico años? ¿Acaso su modo de vivir absolutamente desordenado no tendría que haberle matado hacía tiempo de hambre, de frío, de una, cirrosis hepática... o de lo que fuera?

En lugar de esto, comía y bebía con el mayor apetito, dormía el sueño de los justos y causaba la impresión, con sus pantalones remendados -que, por supuesto, ya no eran los mismos que se había bajado en la rue Dupin, sino unos pantalones de pana relativamente nuevos, casi elegantes, aunque también remendados aquí y allá- y su chaqueta de algodón, de ser una personalidad bien formada, en la mejor armonía consigo misma y con el mundo, que disfrutaba de la vida... mientras él, Jonathan -y su perplejidad fue en aumento hasta convertirse en una especie de confusión nerviosa-, que había sido durante toda su vida un hombre honrado y decente, modesto, casi un asceta, limpio y siempre puntual, obediente, digno de confianza, decoroso... y que se había ganado hasta el último sou que poseía y pagado siempre al contado la factura de la electricidad, el alquiler, el aguinaldo navideño de la concierge... y nunca contraído deudas ni vivido a expensas de nadie, ni siquiera estado enfermo e incidido con ello en el bolsillo de la seguridad social... nunca hecho daño a nadie, nunca, ni querido nada más en la vida, que alcanzar y asegurarse la propia, modesta y pequeña paz de espíritu... él, a sus cincuenta y tres años, se veía abocado a una tremenda crisis que trastornaba todos sus planes, cuidadosamente elaborados, le desconcertaba y confundía y le obligaba a comer roscas de pasas por puro miedo y desorientación. ¡Sí, tenía miedo! Dios sabía que temblaba y tenía miedo al contemplar a este clochard dormido: tenía de repente un miedo terrible a convertirse en un hombre desorganizado como el que dormía en el banco. ¡Con qué rapidez podía uno empobrecerse y venir a menos!¡Qué de prisa se desmoronaban los cimientos al parecer sólidos de la propia existencia! «Te ha pasado por alto la limusina de Monsieur Roedels - volvió a pensar-. Lo que jamás debía haber sucedido, ha ocurrido hoy: no has visto llegar la limusina. Y si hoy te ha pasado por alto la limusina, mañana puedes olvidarte de todo el servicio, o perder la llave de la verja y el mes próximo serás ignominiosamente despedido y no encontrarás otro trabajo porque, ¿quién da empleo a un informal? Del subsidio de paro nadie puede vivir, de todos modos hace mucho rato que has perdido tu habitación, en ella vive una paloma, -una familia de palomas que la ensucia y estropea, las cuentas del hotel suben hasta el infinito, tú te emborrachas por la desesperación, bebes cada vez más, gastas todos tus ahorros en bebida, te entregas sin remedio al alcohol, enfermas, te abandonas, te llenas de piojos, te degeneras, te echan de la última pensión, la más barata, ya no te queda un solo sou, estás ante la nada, estás en la calle, duermes, vives en la calle, cagas en la calle, ¡estás acabado, Jonathan, estarás acabado antes de que termine el año y yacerás sobre un banco del parque como un clochard, vestido con harapos, como ese desgraciado hermano tuyo!»

Tenía la boca seca. Desvió la mirada del hombre dormido y tragó con un esfuerzo el último bocado de la rosca de pasas, que tardó una eternidad en llegar al estómago, arrastrándose por el tubo digestivo con lentitud de caracol; a veces parecía detenerse y oprimía dolorosamente, como si un clavo le perforase el pecho, y Jonathan temía asfixiarse con este asqueroso bocado. Pero luego continuó descendiendo, trocito a trocito, y por fin llegó al final y el dolor de los espasmos desapareció. Jonathan respiró profundamente. Ahora quería irse, no quería permanecer aquí por más tiempo, aunque todavía le sobraba media hora. Ya estaba harto, el lugar le era antipático. Se sacudió con el dorso de la mano las pocas migas de rosca que, pese a su cuidado, le habían

caído mientras comía sobre los pantalones de uniforme, se alisó la raya, se levantó y se marchó sin dirigir una última mirada al clochard.

Ya había llegado a la rue de Sèvres cuando se le ocurrió que había dejado la bolsa de leche vacía sobre el banco del parque y esto le resultó desagradable, pues detestaba que otras personas dejaran desperdicios en los bancos o simplemente los tirasen por la calle en lugar de echarlos donde debían, o sea, en las papeleras distribuidas por doquier. Él mismo no había tirado nunca nada al suelo ni dejado nada en un banco del parque, ni siquiera por descuido o distracción, algo así no le sucedía nunca... y por esto no quería que le sucediera hoy, precisamente hoy, este día aciago en que ya habían sucedido tantas cosas malas. Estaba ya en la pendiente, empezaba a portarse como un loco, como un individuo irresponsable, casi antisocial. ¡Olvidarse de la limusina de Monsieur Roedels! ¡Comer roscas de pasas en el parque! Si no tenía cuidado, sobre todo en las cosas pequeñas, y no ponía coto enérgicamente a las distracciones al parecer secundarias, como dejar esta bolsa de leche, pronto perdería toda fuerza moral y nada podría detener su caída en la indignidad.

Volvió, pues, sobre sus pasos y regresó al parque. Vio ya desde lejos que el banco donde se había sentado continuaba libre y distinguió con alivio al acercarse el cartón blanco del envase a través de las tablas pintadas del respaldo. Por lo visto su distracción no había sido observada por nadie, aún podía reparar la imperdonable falta. Se acercó por detrás del banco, se inclinó por encima del respaldo, cogió la bolsa con la mano izquierda y se enderezó de nuevo, imprimiendo al cuerpo un decidido giro hacia la derecha, más o menos en la dirección de la papelera más cercana... y notó en los pantalones un súbito tirón hacia abajo al que no pudo ceder porque fue demasiado repentino y le sorprendió en medio de aquel movimiento giratorio en el sentido opuesto. Y se produjo simultáneamente un feo crujido, un fuerte «ris, ras» y notó en la piel del muslo izquierdo el roce de una corriente que revelaba la entrada libre del aire exterior. Por un momento quedó tan horrorizado que no se atrevió a mirar. Además, aún le parecía oír sonar en sus oídos el eco del «ris, ras», que se le antojaba de un volumen suficiente para que se hubiera producido un desgarrón no sólo en sus pantalones, sino en sí mismo, en el banco, en todo el parque, como la grieta abierta por un terremoto, y para que lo hubiese oído toda la gente de los alrededores y ahora le mirasen, indignados, como al causante de ello. Sin embargo, nadie le miraba. Las viejas seguían haciendo punto, los viejos seguían leyendo sus periódicos, los escasos niños que jugaban en la pequeña explanada continuaban bajando por el tobogán y el clochard seguía dormido. Jonathan bajó lentamente la mirada. El desgarrón tenía unos doce centímetros de longitud. Empezaba en el borde inferior del bolsillo del pantalón izquierdo, que se había enganchado en un clavo saliente del banco al hacer aquel giro, bajaba por el muslo, pero no con limpieza, a lo largo de la costura, sino en medio de la bonita gabardina de los pantalones de uniforme, y terminaba describiendo un ángulo recto del grueso de dos pulgares hacia la raya del pantalón, de modo que no se había abierto un discreto corte en la tela, sino un agujero inmenso sobre el que ondeaba una banderita triangular.

Jonathan notó que la adrenalina le invadía la sangre, aquella sustancia picante sobre la que había leído una vez que brotaba de las glándulas suprarrenales en los mo-

mentos de mayor peligro físico y de mayor emoción, a fin de movilizar las últimas reservas del cuerpo para la huida o para una lucha a vida o muerte. De hecho, tenía la impresión de estar herido. Le parecía que no sólo se había desgarrado los pantalones, sino que su propia carne había recibido una herida de doce centímetros de la que manaba su sangre, su vida, aunque fluyese por un circuito interior cerrado, y que moriría sin remedio a causa de esta herida si no lograba cerrarla lo antes posible. Pero nuevamente acudió la adrenalina, que le animó de forma maravillosa cuando ya creía estar desangrándose. El corazón le latió con fuerza, y tanto su ánimo como sus pensamientos adquirieron de pronto una gran claridad y determinación: «¡Tienes que actuar inmediatamente -gritó algo dentro de él-, tienes que emprender al instante alguna acción para cerrar este agujero, de lo contrario, estás perdido!» y mientras se preguntaba qué podía emprender, supo la respuesta, tan rápido es el efecto de la adrenalina, esa magnífica droga, y tan alado el efecto del miedo sobre la inteligencia y la energía. Resuelto, se pasó a la mano derecha la bolsa de leche que aún sostenía con la mano izquierda, la apretujó y la tiró a cualquier parte, al césped, al sendero de grava, no se fijó en absoluto. Colocó la mano izquierda sobre el desgarrón del muslo y se alejó, manteniendo la pierna izquierda lo más rígida posible para que la mano no se desplazara y, haciendo oscilar con fuerza la mano derecha, al paso brioso y basculante propio de los cojos, salió corriendo del parque y subió por la rue de Sèvres; tenía apenas media hora de tiempo.

En la sección de comestibles del Bon Marché, en la esquina con la rue du Bac, había una costurera. La había visto un par de días antes. Se sentaba delante, cerca de la entrada, donde se colocaban los carritos de la compra. De su máquina de coser colgaba un letrero en el que, según recordaba, podía leerse: Jeannine Topell - Reformas y composturas - pulcras y rápidas. Esta mujer le ayudaría. Tenía que ayudarle... si no se había ido a almorzar a su vez. Pero no se habría ido, no, no, sería demasiada mala suerte. No podía tener tan mala suerte en un solo día. Esta vez, no. No ahora que su apuro era tan grande. Cuando se estaba en un gran apuro, se tenía suerte, se encontraba ayuda. Madame Topell estaría en su puesto y le ayudaría.

¡Madame Topell estaba en su puesto! La vio ya desde la entrada de la sección de comestibles, sentada ante su máquina, cosiendo. Sí, podía confiar en Madame Topell, trabajaba incluso a la hora del almuerzo, pulcra y rápidamente. Corrió hacia ella, se situó cerca de la máquina, apartó la mano del muslo y echó una ligera mirada a su reloj de pulsera: eran las dos y cinco minutos. Carraspeó.

-¡Madame! -empezó.

Madame Topell terminó la costura de una falda plisada roja que estaba montando, desconectó la máquina y levantó la aguja para liberar la tela y cortar el hilo. Entonces alzó la cabeza y miró a Jonathan. Llevaba unas gafas muy grandes con gruesa montura de nácar y cristales muy convexos que agigantaban sus ojos y convertían las cuencas en lagos profundos y sombreados. Sus cabellos eran castaños y lisos y le caían sobre los hombros, y sus 1abios estaban pintados con un carmín de color violeta plateado. Podía tener entre cuarenta y ocho y cincuenta años y su porte era el de aquellas damas que saben leer el destino en una bola de cristal o en las cartas, el porte de aquellas damas venidas a menos para quienes la designación de «dama» ya no es apropiada del todo y en quienes, a pesar de ello, se confía en seguida. También sus

dedos -empujó un poco las gafas hacia arriba de la nariz con los dedos, a fin de ver mejor a Jonathan-, también sus dedos, cortos, rechonchos como salchichas y cuidados, pese al continuo trabajo manual, de uñas pintadas con barniz violeta plateado, eran de una media elegancia que inspiraba confianza.

-¿Qué desea? –preguntó Madame Topell con voz un poco ronca.

Jonathan se volvió de lado hacia ella, señaló el agujero de su pantalón y preguntó:

-¿Podría arreglarme esto? -Y como la pregunta le pareció demasiado brusca y susceptible de revelar su excitación producida por la adrenalina, añadió, conciliador, en el tono más casual posible-: Es un agujero, un pequeño desgarrón... un contratiempo estúpido, Madame. ¿Tiene algún arreglo?

Madame Topell dejó resbalar por Jonathan la mirada de sus ojos gigantescos, encontró el agujero en el muslo y se inclinó para examinado. Al hacerlo, la melena lisa de sus cabellos castaños se separó en el cogote, descubriendo una nuca corta, blanca y gordezuela, y al mismo tiempo emanó de ella un aroma de polvos tan pesado y sofocante, que Jonathan echó involuntariamente la cabeza hacia atrás y tuvo que desviar la mirada de las cercanías de la nuca para dirigida hacia la lejanía del supermercado y durante un momento vio ante sí la totalidad del local, con todas las estanterías y vitrinas frigoríficas y mostradores de quesos y salchichas y mesas de productos de oferta y pirámides de botellas y montañas de hortalizas y, circulando por en medio, clientes que empujaban carritos de la compra a la vez que arrastraban a niños pequeños, dependientes, empleados de almacén y cajeras... una multitud inquieta y bulliciosa en cuyo borde, expuesto a todas las miradas, estaba él, Jonathan, con sus pantalones rotos... Y le perforó el cerebro la idea de que entre la multitud podía encontrarse Monsieur Vilman, Madame Roques o incluso Monsieur Roedels y observar que una dama de cabellos castaños, algo venida a menos, examinaba públicamente un lugar muy comprometido del cuerpo de Jonathan. Y por Dios que se sintió bastante apurado cuando notó sobre la piel del muslo uno de los dedos salchichas de Madame Topell, que subía y bajaba la banderita de tela...

En seguida, sin embargo, volvió a emerger Madame de la región del muslo. Se apoyó en la silla y el flujo directo de su perfume se interrumpió, por lo que Jonathan pudo bajar la cabeza y apartar la mirada del caótico panorama del local para dirigida a la zona de confianza de las grandes y convexas lentes de Madame Topell.

-¿ Y bien? -preguntó, repitiendo al instante-: ¿Y bien? -con una especie de medrosa impaciencia, como si fuera un paciente y temiera un diagnóstico desesperanzador de su médico.

-Ningún problema -dijo Madame Topell-. Sólo hay que poner algo debajo y se verá una pequeña costura. Es la única solución.

-Pero esto no es nada -respondió Jonathan-, una pequeña costura no importa nada, ¿quién mira hacia este lugar tan escondido? -y echó una ojeada a su reloj: eran las dos y catorce minutos-. ¿De modo que puede arreglado? ¿Puede ayudarme Madame?

-Sí, por supuesto -contestó Madame Topell, empujando hacia arriba sus gafas, que durante el examen habían resbalado un poco nariz abajo.

-Oh, se lo agradezco, Madame -dijo Jonathan-, se lo agradezco mucho. Me salva

usted de un gran apuro. Ahora sólo me queda un ruego: ¿podría... sería usted tan amable... de hecho, tengo prisa, sólo dispongo de... -y volvió a mirar el reloj- ...de unos diez minutos... podría arreglado en seguida? Quiero decir, ¿ahora mismo? ¿En este momento?

Hay preguntas que se contestan negativamente a sí mismas por el mero hecho de formularlas. Y hay ruegos cuya completa inutilidad se manifiesta cuando uno los expresa y mira a los ojos a otra persona. Jonathan miró a los ojos gigantescos y sombreados de Madame Topell y supo al instante que todo era inútil, vano y sin remedio. Ya lo sabía antes, mientras pronunciaba su entrecortada pregunta, lo sabía e incluso lo había sentido físicamente por el descenso de adrenalina en su sangre cuando miró el reloj: ¡diez minutos! Le pareció que se hundía, como si estuviera sobre un témpano de hielo delgado, a punto de disolverse en el agua. ¡Diez minutos! ¿Cómo podía alguien tapar aquel espantoso agujero en diez minutos? Era imposible. No podía ser. Al fin y al cabo, no se podía remendar sobre el muslo. Había que poner algo debajo y esto significaba quitarse los pantalones. ¿Y de dónde sacar mientras tanto otros pantalones en pleno supermercado del Bon Marché? ¿Quitarse los propios y quedarse allí en calzoncillos...? Imposible, totalmente imposible.

-¿Ahora mismo? -preguntó Madame Topell, y Jonathan, aunque sabía que todo era inútil y se había apoderado de él un profundo derrotismo, asintió.

Madame Topell sonrió.

-Mire, Monsieur: todo lo que ve usted aquí -y señaló un perchero de dos metros de longitud, cargado de vestidos, chaquetas, pantalones, blusas- debo hacerlo en seguida. Trabajo diez horas diarias.

-Sí, claro -dijo Jonathan-, lo comprendo perfectamente, Madame, ha sido una pregunta tonta. ¿Cuánto tiempo cree que tardará en zurcirme el agujero?

Madame Topell se volvió de nuevo hacia la máquina, colocó en su sitio la falda encarnada y bajó la aguja.

-Si me trae los pantalones el lunes próximo, estarán listos dentro de tres semanas.

-¿Tres semanas -repitió Jonathan, como aturdido.

-Sí –respondió Madame Topell-, tres semanas. Antes, es imposible.

Y entonces puso la máquina en marcha, la aguja empezó a correr con un zumbido y en el mismo momento Jonathan tuvo la impresión de no estar ya presente. Veía a Madame Topell, eso sí, sentada ante la máquina de coser a unos palmos apenas de distancia, veía la cabeza de cabellos castaños y las gafas de nácar, veía los movimientos rápidos del dedo regordete y la rumorosa aguja, que cosía el dobladillo de la falda roja... y veía también en último término el difuso bullicio del supermercado... pero de repente dejó de verse a sí mismo, es decir, de verse como parte del mundo que le rodeaba para imaginar, durante unos segundos, que estaba muy lejos, aislado de todo, contemplando el mundo como a través de unos gemelos invertidos. Y nuevamente, como por la mañana, sintió mareo y se tambaleó. Dio un paso hacia el lado, se volvió y fue hacia la salida. Gracias al ejercicio de andar encontró otra vez el mundo y el efecto de los gemelos desapareció de su vista. No obstante, en su interior seguía tambaleándose. En la sección de papelería compró un rollo de cinta autoadhesiva. La pegó al desgarro del pantalón para que la banderita triangular no ondeara con cada paso y se volvió al

trabajo.

Pasó la tarde en un estado de ira y desesperación. Permaneció frente al Banco, en el escalón superior, delante mismo de la columna pero sin apoyarse, porque no quería ceder a su debilidad. Tampoco habría podido, pues para apoyarse sin que se notara habría tenido que juntar las manos en la espalda y esto no era posible, ya que debía dejar colgar la izquierda para ocultar el remiendo del muslo, así que se veía obligado, si quería adoptar una posición segura, a separar las piernas en aquella detestada actitud de los tipos jóvenes y necios, y se dio cuenta de que en esta postura arqueaba la columna vertebral y hundía entre los hombros el cuello, que siempre había mantenido erguido, y junto con él, la cabeza y la gorra, y que asomaba además automáticamente bajo la visera aquella mirada maliciosa, siempre al acecho, y aquella mueca hostil que despreciaba tanto en los otros vigilantes. Se sintió deforme, como la caricatura de un vigilante, como una parodia de sí mismo. Se despreció. Se odió durante aquellas horas. Habría querido, por así decirlo, desprenderse de su piel, tal era el odio y la cólera que se inspiraba a sí mismo; sí, habría, querido desprenderse literalmente de su piel, porque ahora le picaba por todo el cuerpo y ya no podía rascarse moviéndose dentro de la ropa porque la piel le sudaba por todos los poros y la ropa se le adhería como una segunda epidermis. Y allí donde no se adhería, donde aún quedaba un poco de aire entre piel y ropa: en las piernas, en las axilas, en el pliegue de encima del esternón... precisamente en este pliegue, donde la picazón era realmente insoportable, porque el sudor se acumulaba en él a grandes gotas, precisamente allí no quería rascarse, no quería procurarse este pequeño alivio, ya que ello no cambiaría su gran malestar general y pondría más claramente de manifiesto su índole grotesca. Ahora quería sufrir. Cuanto más sufriera mejor. El sufrimiento incluso le gustaba, porque justificaba y atizaba su odio y su cólera y el odio y la cólera atizaban a su vez el sufrimiento al calentar más su sangre y enviar nuevas oleadas de sudor a los poros de la piel. Le chorreaba la cara, le goteaba la barbilla y el pelo de la nuca y la badana de la gorra se le clavaba en la frente hinchada. Sin embargo, por nada del mundo se habría quitado la gorra, ni siquiera un momento. Tenía que estar bien atornillada sobre su cabeza, como la tapadera de una olla a presión, y apretar sus sienes como un aro de hierro aunque la cabeza le explotara. No quería hacer nada para aliviar su sufrimiento. Así permaneció durante horas, inmóvil. Sólo notó que la columna vertebral se le arqueaba cada vez más, que los hombros, cuello y cabeza se hundían progresivamente y que su cuerpo adoptaba una postura cada vez más encogida y más semejante a la de un perro.

Y por fin -no podía ni quería hacer nada para evitarlo-, su acumulado odio hacia sí mismo se desbordó y emergió a la superficie, emergió por los ojos cada vez más sombríos y malévolos bajo la visera de la gorra y se derramó como el odio más corriente hacia el mundo exterior. Todo cuanto acertaba a pasar por su campo de visión era cubierto por Jonathan con la horrible pátina de su odio; incluso puede decirse que a través de sus ojos ya no entraba ninguna imagen del mundo sino que, por el contrario, como si la trayectoria de los rayos se hubiera invertido, los ojos eran puertas que sólo se abrían hacia fuera para escupir al mundo caricaturas interiores: los camareros del otro lado de la calle, por ejemplo, los jóvenes, necios e inútiles camareros que en la acera de

enfrente holgazaneaban entre las mesas y sillas, mal educados, diciendo bobadas, sonriendo con ironía, molestando a los transeúntes y silbando a las muchachas, sin hacer otra cosa, los gallitos, que gritar de vez en cuando por la puerta abierta órdenes a la barra: «¡Un café! ¡Una cerveza! ¡Una limonada», para entrar después parsimoniosamente, salir con fingida prisa y servir las bebidas con aires de malabaristas y movimientos afectados y seudoartísticos: la taza depositada en la mesa tras describir una espiral, la botella de Coca-Cola sujeta entre los muslos para abrirla con florido ademán, la nota de la caja entre los labios primero y escupida luego a la mano para empujarla debajo de un cenicero, mientras la otra mano cobra la consumición de la mesa vecina, recogiendo montones de dinero, precios astronómicos: cinco francos por un exprés, once por una cerveza pequeña y encima un quince por ciento de recargo por el simiesco servicio, más la propina; ¡sí, aún esperaban esto los señoritos holgazanes, los chulos, una propina! Sin ella, sus labios no pronunciaban ni un «gracias» y menos todavía un «hasta la vista»; sin propina la clientela no existía en adelante para ellos y al marcharse sólo veía arrogantes espaldas y arrogantes culos de camareros, sobre los cuales abultaban las repletas carteras negras bajo la trincha del pantalón, ya que los malditos presumidos consideraban chic y gracioso exhibir con descaro sus carteras como esteatopigias... ¡Ah, sería capaz de apuñalar con la mirada a esos majaderos indolentes con sus camisas aireadas, frescas, de manga corta! Le habría gustado correr a la otra acera, sacarlos por las orejas de debajo de sus toldos sombreados y abofeteados en plena calle, izquierda derecha, izquierda derecha, zas ,zas, una bofetada y un puntapié en el trasero...

¡Pero no sólo a ellos! No, no sólo esos mocosos de camareros, sino también la clientela merecía un puntapié en el trasero, esa manada de turistas imbéciles que revoloteaban vestidos con blusas veraniegas, sombreros de paja y gafas de sol y se hartaban de refrescos a precios exorbitantes mientras otros trabajaban de pie con el sudor de su frente. Y también los automovilistas. ¡Sí! Esos estúpidos monos en sus apestosas cajas de hojalata, que contaminaban el aire, armaban una algarabía de mil demonios y no tenían nada mejor que hacer en todo el día que circular a toda velocidad arriba y abajo por la rue de Sèvres. ¿Es que no apesta lo suficiente? ¿Es que no hay bastante ruido en esta calle, en toda la ciudad? ¿Es que no basta el calor que cae abrasador desde el cielo? ¿Tenéis que absorber y quemar con vuestros motores los últimos restos de aire respirable y soplar en las narices de los ciudadanos decentes una mezcla de veneno, hollín y vapor caliente? ¡Asquerosos! ¡Criminales! Eliminaros, eso habría que hacer. ¡Sí! Eliminaros a latigazos. A tiros. A todos y cada uno de vosotros. ¡Oh! Ardía en deseos de sacar la pistola y disparar en cualquier dirección, dentro del café, a través de los cristales, sólo para que retemblaran y se hicieran añicos, a la masa de coches o simplemente a las enormes casas del otro lado, esas casas altas, feas y amenazadoras, o al aire, hacia arriba, al cielo, sí, al cálido cielo, al cielo pesado, sofocante, gris plomizo como las palomas, para que estallara, para que la cápsula pesada como el plomo explotara al dispararse, se precipitara hacia abajo y lo destruyera y enterrase todo bajo el polvo, todo, el mundo entero, el horrible, molesto, ruidoso y maloliente mundo. ¡Tan universal, tan titánico era el odio de Jonathan Noel aquella tarde, que habría querido reducir el mundo a escombros por un desgarro en su pantalón!

Pero no hizo nada; a Dios gracias, no hizo nada. No disparó al cielo ni al café de

enfrente ni a los coches que pasaban. Permaneció de pie, sudando, y no se movió. Porque la misma fuerza que desencadenó en él aquel odio fantástico, dirigiéndolo contra el mundo por medio de sus miradas, le paralizó tan completamente, que era incapaz de mover un solo miembro y menos aún de llevarse la mano al arma y apretar el gatillo con un dedo, era incluso incapaz de menear la cabeza para sacudirse una molesta gota de sudor que tenía en la punta de la nariz. La fuerza le petrificó, convirtiéndole efectivamente durante aquellas horas en la imagen a la vez amenazadora e impotente de una esfinge. Tenía algo de la tensión eléctrica que magnetiza y mantiene en suspenso un núcleo de hierro o de la poderosa presión que fija en su sitio cada piedra de la bóveda de un edificio. Era subjuntiva. Todo su potencial radicaba en el «haría, podría, querría hacer», y Jonathan, que formulaba en su mente las terribles amenazas y maldiciones subjuntivas, sabía muy bien en el mismo momento que jamás las realizaría. No era hombre para ello. N o era un loco homicida que comete un crimen por enajenación mental o un odio espontáneo; y no porque semejante crimen le pareciese moralmente reprobable, sino sólo porque era totalmente incapaz de expresarse, tanto con hechos como con palabras. No era un hombre activo, sino un hombre pasivo.

Hacia las cinco de la tarde se encontraba en un estado tal de desolación, que temió no poder abandonar jamás aquel lugar ante la columna en el tercer escalón del Banco y tener que morir allí. Se sentía envejecido por lo menos veinte años y reducido en estatura veinte centímetros por la exposición durante horas al calor exterior del sol y al calor agotador de la cólera interna, exhausto o consumido, eso era, se sentía más bien consumido, porque apenas notaba ya la humedad del sudor, consumido, desgastado, abrasado y desmoronado como una esfinge de piedra al cabo de cinco mil años; y si duraba un poco más, se quedaría completamente seco, requemado, contraído, reducido a polvo o a cenizas y permanecería en este lugar, donde las piernas seguían sosteniéndole a duras penas, como un diminuto montón de basura hasta que el viento lo soplara o la mujer de la limpieza lo barriese o la lluvia lo disolviera. Sí, terminaría de este modo: no como un señor viejo y respetable que vivía de sus rentas, en su propia cama y entre las cuatro propias paredes, ¡sino aquí, ante las puertas del Banco, como un montoncito de basura! y deseó que llegara este momento, que se acelerara el proceso de descomposición y todo terminara de una vez. Deseó perder el conocimiento, doblar las rodillas y desmoronarse. Procuró con todas sus fuerzas perder el conocimiento y derrumbarse. De niño era capaz de hacerlo. Podía llorar siempre que quería; podía contener el aliento hasta desmayarse o detener el corazón durante un latido. Ahora ya no sabía hacerlo; había perdido el dominio de sí mismo. Ni siquiera podía doblar las rodillas para derrumbarse. Sólo era capaz de continuar en pie y aceptar lo que le estaba ocurriendo.

Entonces oyó el ligero zumbido de la limusina de Monsieur Roedels. No el claxon, sino aquel zumbido leve como un gorjeo que producía el automóvil al trasladarse del patio interior a la verja con el motor recién puesto en marcha. Y cuando este rumor tenue llegó a su oído y al entrar en él zumbó como una descarga eléctrica en todos los nervios de su cuerpo, sintió Jonathan un crujido en sus articulaciones y una distensión de su columna vertebral y notó que sin su intervención la pierna derecha se desplazaba hacia el lado izquierdo, que el pie izquierdo giraba sobre el escalón, la rodilla derecha

se doblaba para dar el paso y luego la izquierda, y luego otra vez la derecha... y que ponía un pie delante del otro y caminaba realmente, incluso corría y bajaba saltando los tres escalones, se precipitaba con paso ligero y elástico hacia la entrada de vehículos, abría la verja, se cuadraba, se llevaba la mano derecha a la visera de la gorra y dejaba pasar la limusina. Hizo todo esto de forma totalmente automática, sin que interviniera su voluntad, y sólo consciente a medias de sus movimientos y ademanes. La única aportación personal que prestó Jonathan al suceso consistió en seguir la limusina de Monsieur Roedels con una mirada de animadversión y una serie de maldiciones mudas.

Sin embargo, cuando volvió a supuesto el fuego de la cólera se apagó en su interior con este último impulso espontáneo. Y mientras subía mecánicamente los tres escalones, se extinguió el último resto de odio y, una vez llegado arriba, ya no dirigió a la calle miradas furibundas, llenas de veneno, sino que la miró con una expresión de quebranto; le pareció que estos ojos ya no eran los suyos, sino que él mismo se hallaba detrás de sus ojos y miraba por ellos como por ventanas redondas y muertas; e incluso le pareció que todo este cuerpo que le envolvía ya no era el suyo, y que él, Jonathan -o lo que quedaba de él-, se había convertido en un gnomo arrugado y minúsculo dentro de la estructura gigantesca de un cuerpo extraño en un enano inofensivo, prisionero en el interior de una máquina humana demasiado grande y complicada que ya no podía dominar ni dirigir según su propia voluntad y que si acaso se dirigía a sí misma u obedecía a otros poderes. De momento estaba inmóvil ante la columna -no ya como una esfinge descansando en sí misma, sino como una marioneta colgada y abandonada- y así permaneció los últimos diez minutos de su jornada laboral, hasta que a las cinco y media en punto Monsieur Vilman apareció un instante en la puerta exterior de cristal y gritó: «¡Hora de cerrar!» Entonces la marioneta automática Jonathan Noel se puso, obediente, en movimiento y entró en el Banco, se colocó ante el cuadro del dispositivo eléctrico de bloqueo de las puertas, lo conectó y pulsó alternativamente los dos botones de la puerta interior y exterior de cristal a prueba de balas para dejar salir a los empleados; bloqueó luego junto con Madame Roques la puerta cortafuegos de la cámara acorazada, que previamente había sido cerrada por Madame Roques en compañía de Monsieur Vilman, puso en funcionamiento con la colaboración de Monsieur Vilman el dispositivo de alarma, desconectó de nuevo el bloqueo eléctrico de las puertas, salió del Banco junto con Madame Roques y Monsieur Vilman y, después de que Monsieur Vilman hubiese cerrado la puerta interior de cristal y Madame Roques, la exterior, cerró la reja de tijera. A continuación, la marioneta esbozó una inclinación ante Madame Roques y Monsieur Vilman, abrió la boca y deseó a ambos una feliz velada y un feliz fin de semana, agradeció los mejores deseos para el fin de semana por parte de Monsieur Vilman y correspondió al «¡Hasta el lunes!» de Madame Roques; esperó, atento, a que ambos se hubieran alejado unos pasos y se sumó entonces a la multitud de viandantes para dejarse llevar en dirección contraria a la de ellos.

Andar tranquiliza. En el acto de andar hay una virtud curativa. Poner un pie delante de otro con regularidad, agitando al mismo tiempo rítmicamente los brazos; el incremento de la frecuencia respiratoria, la ligera estimulación del pulso, la necesaria actividad de ojos y oídos para determinar la dirección y mantener el equilibrio, la

sensación del aire en movimiento sobre la piel... todo esto influye de manera inequívoca en el cuerpo y el ánimo y hace que el alma crezca y se ensanche, por grandes que sean sus preocupaciones y heridas.

De este modo afectó también a Jonathan, el gnomo, oculto en el cuerpo de marioneta demasiado grande. Poco a poco, paso a paso, creció hasta adquirir el volumen de su cuerpo, lo llenó desde dentro, lo fue dominando a ojos vistas y por fin se fundió con él. Esto ocurrió más o menos en la esquina de la rue du Bac. Y aquí cruzó la rue du Bac (donde la marioneta Jonathan habría torcido automáticamente a la derecha, para recorrer el camino habitual hacia la rue de la Planche), dejó a su izquierda la rue Saint-Placide, en la que se encontraba su hotel, y continuó recto hasta la rue de l'Abbé Grégoire, subiendo al final de ésta por la rue de Vaugirard hasta el Jardín del Luxemburgo. Entró en el parque e hizo tres rondas por el camino exterior más largo, por donde corren los deportistas, bajo los árboles y junto a la verja; después dio media vuelta hacia el sur, subió hasta el boulevard du Montparnasse, fue al cementerio de Montparnasse, lo rodeó dos veces, se dirigió hacia el oeste, al decimoquinto arrondissement, lo cruzó todo hasta el Sena, subió por la orilla del Sena hacia el nordeste, por los arrondissements séptimo y sexto, y continuó caminando -semejantes tardes de verano no tienen fin- hasta que, de vuelta al Luxemburgo, se encontró con que estaban cerrando el parque. Se detuvo ante la gran verja, a la izquierda del edificio del Senado. Debían de ser las nueve, pero aún reinaba casi la misma claridad que durante el día. Sólo se intuía la inminencia de la noche en un tenue matiz dorado de la luz y en la orla violeta de las sombras. El tráfico era menos intenso en la rue de Vaugirard, casi esporádico. La masa de transeúntes se había dispersado. Los pequeños grupos en las salidas del parque y en las esquinas de las calles se desperdigaron en seguida y desaparecieron en forma de personas aisladas por las numerosas callejuelas que rodean el Odéon y la iglesia de Saint Sulpice. Iban a tomar el aperitivo, iban al restaurante, iban a sus casas. El aire era suave y olía un poco a flores. Se había hecho el silencio. París cenaba.

Se percató súbitamente de lo cansado que estaba. Las piernas, la espalda, los hombros le dolían de andar durante tantas horas, los pies le ardían dentro de los zapatos. Y de repente sintió hambre, tanta, que tenía espasmos en el estómago. Le apetecía una sopa, ensalada con pan blanco recién hecho y un pedazo de carne. Conocía un restaurante muy cercano, en la rue des Canettes, donde había todo esto en el menú por cuarenta y siete francos cincuenta, incluido el servicio. Pero no podía ir allí en su estado, apestando a sudor y con el pantalón roto.

Decidió ir al hotel. Por el camino, en la rue d' Assas, había un colmado tunecino. Aún estaba abierto. Compró una lata de sardinas en aceite, un pequeño queso de cabra, una pera, una botella de vino tinto y pan árabe.

La habitación del hotel era todavía más pequeña que la de la rue de la Planche; un lado era apenas más ancho que la puerta de entrada y medía a lo sumo tres metros de longitud. Las paredes no formaban entre sí ángulos rectos, sino oblicuos -vistas desde la puerta-, de modo que, después de dar a la habitación una anchura de dos metros, se aproximaban bruscamente y se unían en el lado de la fachada en forma de un ábside

triangular. Así pues, el plano horizontal de la habitación era el de un ataúd, y su tamaño no excedía en mucho al de éste. En un lado largo estaba la cama, en el de enfrente, el lavabo, debajo del cual había un bidet giratorio, y en el ábside, una silla. A la derecha del lavabo, justo debajo del techo, habían recortado una ventana o, mejor dicho, una pequeña claraboya acristalada que daba a un patio interior y se abría y cerraba por medio de dos cordones. A través de esta claraboya entraba en el ataúd una leve corriente de aire caliente y húmedo y los sonidos muy amortiguados del mundo exterior: ruido de platos, murmullos de los retretes, sílabas españolas y portuguesas, algunas risas, el lloriqueo de un niño y con frecuencia, desde muy lejos, el claxon de un coche.

Jonathan, en camiseta y calzoncillos, se sentó a comer en el borde de la cama. Había acercado la silla para que le sirviera de mesa, puesto sobre ella la maleta de cartón y colocado encima de ésta la bolsa de sus compras. Cortó de través con el cortaplumas los pequeños cuerpos de las sardinas, ensartó una mitad, la extendió sobre un pedazo de pan y se metió el bocado en la boca. Al masticar la carne blanda del pescado, empapada en aceite, formó con el

insípido pan de maíz una masa de sabor exquisito. Quizá faltan unas gotas de limón pensó, pero esto ya era casi frívola glotonería, -porque cuando bebía después de cada bocado un pequeño sorbo de vino tinto de la botella y se lo paseaba por la lengua y entre los dientes, el regusto algo metálico del pescado se mezclaba con el fuerte y ácido perfume del vino de un modo tan convincente, que Jonathan estaba seguro de no haber comido en toda su vida mejor que ahora, en este momento. La lata contenía cuatro sardinas, lo cual hacía un total de ocho bocados pequeños, masticados lentamente con el pan, y ocho sorbos de vino. Comía muy despacio. Había leído una vez en una revista que comer de prisa, sobre todo cuando se sentía uno muy hambriento, no era bueno para la digestión e incluso podía ocasionar trastornos digestivos y hasta mareos y vómitos. También comía despacio porque creía que ésta sería su última comida.

Cuando hubo terminado las sardinas y mojado pan en el aceite de la lata, comió el queso de cabra y la pera. La pera era tan jugosa, que mientras la pelaba casi se le escurría de las manos y el queso de cabra estaba tan duramente prensado y era tan adherente que se quedaba pegado a la hoja del cortaplumas y su repentino sabor ácido, amargo y seco en la boca hizo que las encías se retrajeran, asustadas, y la salivación se interrumpiera unos instantes. Pero en seguida después la pera, un trocito de pera dulce y jugosa, lo remojó y mezcló todo, se desprendió del paladar y los dientes y se deslizó por la lengua y hacia abajo... y entonces otro pedazo de queso, un susto leve, y de nuevo la pera conciliadora, y más queso y más pera... sabía tan bien, que recogió con el cortaplumas los restos de queso del papel y mordió el contorno del corazón de la fruta que había cortado antes.

Aún permaneció sentado un buen rato, pensativo, lamiéndose los dientes con la lengua, antes de comerse el resto del pan y beberse el resto del vino. Entonces juntó la lata vacía, las pieles y el papel del queso, lo metió todo en la bolsa de compra, con las migas de pan, la dejó en el rincón de la puerta, al lado de la botella vacía, quitó la maleta de la silla y volvió a poner ésta en su lugar en el ábside, se lavó las manos y se acostó. Enrolló la manta hasta los pies de la cama y sólo se tapó con la sábana. Enton-

ces apagó la luz. La oscuridad era total. En la habitación no entraba el menor rayo de luz, ni siquiera desde arriba, donde estaba el tragaluz; sólo la débil corriente de aire, llena de vapores, y dé muy, muy lejos, los sonidos. Hacía un calor bochornoso. «Mañana me mataré», dijo. Y se quedó dormido.

Por la noche hubo tormenta. Fue una de aquellas tormentas que no descargaban en seguida con una serie de truenos y relámpagos, sino que se toman mucho tiempo y retienen sus energías durante un período prolongado. Se cernió, indecisa, desde distintos puntos del cielo a lo largo de dos horas, relampagueó suavemente, murmuró muy bajito, se paseó de barrio en barrio, como si no supiera dónde concentrarse, se dilató y creció cada vez más, cubriendo al fin toda la ciudad como una capa fina y plomiza, esperó un poco más, acumuló en su titubeo una tensión todavía más violenta, continuó sin descargar... Nada se movía bajo esta capa. No se movía el menor soplo de aire en la sofocante atmósfera, no se movía una hoja ni una mota de polvo, la ciudad yacía como petrificada, trémula y entumecida, por así decirlo, trémula bajo la tensión paralizante, como si fuera ella misma la tormenta y estuviese a la espera de estallar contra el cielo.

Y por fin, de improviso, ya hacia el amanecer, cuando se insinuaba el alba, resonó un estallido, uno solo, potente como si explotara toda la ciudad. Jonathan se incorporó de un salto. No había oído el estallido conscientemente. Y menos aún reconocido en él un trueno, fue algo peor: el estallido le recorrió los miembros en el segundo del despertar como una pura sensación de horror, un horror cuya causa desconocía, un susto mortal. Lo único que percibió fue el eco del estallido, un eco múltiple del estrépito del trueno. Se oyó como si afuera cayesen las casas como estantes de libros y su primer pensamiento fue: se acabó todo, éste es el fin. Y con ello no se refería sólo a su propio fin, sino al fin del mundo, a la destrucción del mundo, a un terremoto, a la bomba atómica o a ambas cosas; en cualquier caso, al fin absoluto.

Pero entonces reinó de improviso un silencio sepulcral. Ya no se oía ninguna descarga, ningún estrépito, ningún crujido, nada, ni siquiera el eco de nada. Y este repentino y persistente silencio era aún más pavoroso que el fragor del mundo en plena destrucción, porque ahora le pareció a Jonathan que, si bien él aún estaba vivo, no existía nada más, nada enfrente ni arriba ni abajo ni afuera, nada por lo que pudiera orientarse. Todas las percepciones, ver, oír, el sentido del equilibrio -todo cuanto hubiera podido decirle dónde estaba y quién era él- se había precipitado en el vacío absoluto de la oscuridad y el silencio. Lo único que seguía notando era el propio corazón palpitante y el temblor del propio cuerpo. Sólo sabía que se encontraba en una cama, pero no en cuál, ni dónde estaba esta cama ni si estaba quieta o caía en el abismo, ya que parecía oscilar, así que agarró fuertemente el colchón con ambas manos para no resbalar, para no perder este único objeto al que se aferraba. Buscó con la mirada un apoyo en las tinieblas y con los oídos un apoyo en el silencio, pero no vio nada, no oyó nada, absolutamente nada, el estómago le daba vueltas, un espantoso sabor de sardinas emanaba de él, «por lo menos, no vomitar, sobre todo, no vomitar, ¡no precipitarte también tú hacia fuera!», pensó... y entonces, después de una. horrible eternidad, vio algo, un resplandor minúsculo que oscilaba arriba, a la derecha, un punto de luz. Lo

miró con fijeza, clavó los ojos en una manchita cuadrada de luz, una frontera entre el interior y el exterior, una especie de ventana en una habitación... pero, ¿en qué habitación? ¡No era la suya! «N o se parece en nada a tu habitación. En la tuya, la ventana está justo encima de los pies de la cama y no tan alta, tan cerca del techo. Tampoco es... tampoco es la habitación en casa del tío, es el cuarto de los niños en la casa paterna de Charenton.... no, no el cuarto de los niños, el sótano; si estás en el sótano de la casa paterna, tú eres un niño, sólo has soñado que eras un adulto, un viejo y asqueroso vigilante en París, pero eres un niño y estás en el sótano de la casa paterna y fuera hay guerra y tú estás prisionero, enterrado y olvidado. ¿Por qué no vienen? ¿Por qué no me salvan? ¿Por qué reina este silencio sepulcral? ¿Dónde están los otros? Dios mío, ¿dónde están los otros? ¡No puedo vivir sin ellos!»

Estaba a punto de gritar. Quería gritar en el silencio esta frase de que no podía vivir sin los otros, tan grande era su angustia y tan desesperado el temor del niño canoso Jonathan Noel ante el abandono. Pero en el momento en que iba a gritar, obtuvo la respuesta. Oyó un ruido.

Un golpe. Muy tenue. Otro golpe. Y un tercero y un cuarto, arriba, en alguna parte. Y de pronto los golpes se convirtieron en un sonido de tambor, suave y regular, que fue adquiriendo más y más violencia hasta que al fin dejó de ser un tambor y se transformó en un rumor potente y denso y Jonathan reconoció en él el rumor de la lluvia.

Entonces la habitación recobró su aspecto y Jonathan vio en la manchita cuadrada y luminosa el cristal de la claraboya y distinguió en la penumbra los contornos de la habitación de hotel, el lavabo, la silla, la maleta, las paredes.

Aflojó la presión de las manos agarradas al colchón, dobló las piernas contra el pecho y las rodeó con los brazos. Así encogido permaneció mucho rato, quizá media hora o más, escuchando el rumor de la lluvia.

Entonces se levantó y se vistió. No necesitó encender la luz, pudo encontrarlo todo en la penumbra. Cogió maleta, abrigo y paraguas y abandonó la habitación. Bajó la escalera sin hacer ruido. El portero de noche dormía en la recepción. Jonathan pasó de puntillas por delante de él y pulsó muy brevemente, para no despertarlo, el botón que abría la puerta. Sonó un leve clic y la puerta se abrió. Jonathan salió al aire libre.

Fuera, en la calle, le envolvió la luz fresca y azulgrís de la mañana. Ya no llovía. Sólo goteaba desde los tejados y los toldos, y había charcos en las aceras. Jonathan bajó hacia la rue de Sèvres. No se veía una sola persona ni un solo coche en ninguna parte. Las casas, silenciosas y modestas, ofrecían un aspecto de inocencia casi conmovedora. Era como si la lluvia les hubiera lavado el orgullo y el brillo de presunción y todo el aire de amenaza. Bajo los escaparates del supermercado del Bon Marché se deslizó un gato que desapareció entre los puestos del mercadillo de verdura vacíos. A la derecha, en el square Boucicaut, los árboles crujían por la humedad. Un par de mirlos empezaron a silbar; el silbido rebotó contra las fachadas de los edificios y multiplicó el silencio que se cernía sobre la ciudad.

Jonathan cruzó la rue de Sèvres y entró en la rue du Bac para ir a su casa. Sus suelas mojadas chapoteaban a cada paso sobre el asfalto mojado. Es como ir descalzo,

pensó, refiriéndose más al ruido que a la viscosa sensación de humedad en zapatos y calcetines. Le asaltó un gran deseo de quitarse los zapatos y los calcetines y seguir caminando descalzo, y si no lo hizo, fue por pereza y no porque le pareciera indecoroso. Pero chapoteó con insistencia en los charcos, pisándolos en el centro y corriendo en zigzag de charco en charco, incluso cambió una vez de acera porque vio en la otra un charco grande, muy bonito, y se metió en él y pisó fuerte, con las suelas de plano, para salpicar el escaparate de enfrente y los coches aparcados y sus propios pantalones; era muy divertido y gozó de esta pequeña travesura infantil como de una gran libertad reconquistada. Y todavía estaba muy alegre y animado cuando llegó a la rue de la Planche; entró en la casa, se escabulló por delante de la portería de Madame Rocard, cruzó el patio interior y subió la angosta escalera de servicio.

Al llegar arriba, sin embargo, muy cerca ya del sexto piso, volvió a inquietarle el final del camino: allí arriba esperaba la paloma, aquel animal horrible. Estaría sentada al fondo del pasillo con sus pies rojos, parecidos a garras, rodeada de excrementos y plumones volátiles, y esperaría, la paloma, con su temible ojo desnudo, y aletearía con estrépito, rozándole a él, Jonathan, con las alas; sería imposible esquivarla en la estrechez del pasillo...

Posó la maleta y se detuvo, aunque ya sólo le faltaban cinco escalones. No quería dar media vuelta. Sólo quería hacer una pequeña pausa de un minuto, tomar aliento y dejar que el corazón se le tranquilizara un poco antes de salvar el último tramo del camino.

Miró hacia atrás, siguiendo las espirales ovaladas de la barandilla hasta el fondo de la escalera, y vio en cada piso los rayos de luz que entraban lateralmente. La luz matutina había perdido el tono azulado y le pareció más amarilla y más cálida. Oyó salir de los pisos señoriales los primeros ruidos del despertar de la casa: el tintineo de tazas, el golpe amortiguado de una puerta de frigorífico, una suave música de radio. Y entonces penetró de repente en su nariz una fragancia conocida, la fragancia del café de Madame Lassalle; aspiró varias veces y fue como si bebiera el café. Cogió la maleta y continuó subiendo. De improviso, ya no sentía ningún miedo.

Cuando llegó al pasillo, vio en seguida dos cosas de un solo vistazo: la ventana cerrada y una bayeta puesta a secar sobre la taza de desagüe que había junto al retrete del piso. Aún no podía ver el fondo del pasillo, el bloque de luz cegadora de la ventana le cortaba la visión. Siguió avanzando, hasta cierto punto sin miedo, atravesó la luz y entró en la sombra.

El pasillo estaba completamente vacío. La paloma había desaparecido. Habían fregado las manchas del suelo. Ninguna plumita, ningún pequeño plumón sobre las baldosas rojas.